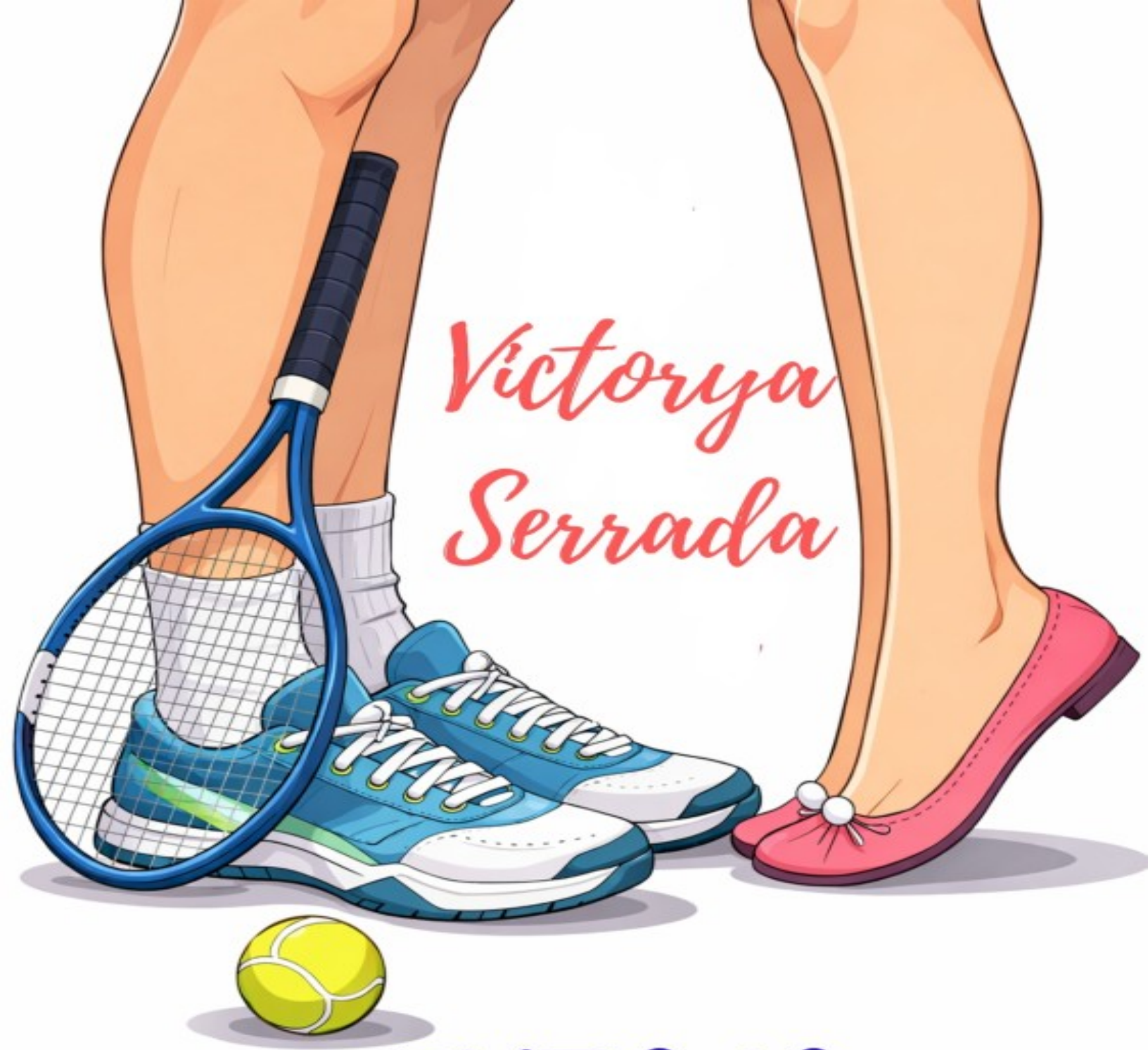


Victorya Serrada

VENTAJA AL CORAZÓN

VENTAJA AL CORAZÓN

©Victorya Serrada, marzo, 2026

©Todos los derechos reservados

Foto portada Shuttestock Artista: Buddy Cat

Diseño y composición de portada: VSG

Queda prohibido reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea mecánico, electrónico, fotocopia, grabación u otros sin el permiso previo o por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, ni escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio, sin permiso.

Los personajes que aparecen en esta obra son totalmente ficticios. Cualquier parecido con la realidad es solo pura coincidencia. Las opiniones vertidas por los personajes corresponden a su propia experiencia en la historia y deberán juzgarse exclusivamente de esa manera.

SINOPSIS

Él sabe jugar para ganar.

Ella es la ventaja que no puede permitirse.

Rubén vive por y para el tenis. Su cuerpo es su herramienta, su mente su mayor arma, y su carrera no admite distracciones. Cada partido cuenta. Cada decisión pesa. Y todo está bajo control… hasta que ella aparece.

Nora no cree en finales felices improvisados ni en hombres que viven al límite. Ha aprendido a no exponerse, a no cruzar líneas peligrosas y a no mezclar el deseo con decisiones importantes. Especialmente cuando el momento no es el adecuado.

Pero hay tensiones que no se pueden ignorar.

Roces que duran más de la cuenta.

Silencios que queman.

Miradas que prometen justo lo que no debería ocurrir.

Entre entrenamientos, partidos decisivos y noches en las que el cuerpo pide lo que la cabeza intenta negar, ambos descubrirán que hay ventajas que no se reflejan en el marcador… y derrotas que se sienten directamente en el pecho.

Ventaja al corazón es una novela de romance contemporáneo donde el deseo entra en juego cuando no toca, las reglas empiezan a fallar y el amor se convierte en el partido más arriesgado de todos.

ÍNDICE

SINOPSIS
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

MIS OTRAS NOVELAS

MIS REDES SOCIALES

«Si esperas a que te aparezca la suerte, la vida se te hará muy aburrida»

Garry Kasparov

CAPÍTULO 1

DOS SEMANAS PARA MADRID

Irene dijo que no estaba enfadada, que estaba cansada.

Lo dijo mirando el tobillo de Rubén, no a Rubén.

—Te has lesionado follando —resumió, mientras vaciaba un cajón de vendas con la misma delicadeza con la que se limpiaba un pescado.

Rubén apoyó el tobillo en el borde de la camilla, como si la articulación pudiera declarar en su defensa.

—No me he lesionado follando.

—Perdón: te has lesionado haciendo el idiota con otra.

—Fue un mal gesto.

—Sí, el de quitarte los calzoncillos.

En la pared había una foto suya levantando un trofeo en Buenos Aires. Irene la descolgó y la dejó boca abajo sobre la mesa, sin ceremonia.

—No voy a viajar contigo a Madrid —dijo—. Ni como novia ni como fisio.

—Quedan dos semanas.

—Exacto. Dos semanas para que aprendas a atarte el ego, que siempre lo llevas suelto.

El tobillo tenía el color de la fruta que empieza a pudrirse, sin épica alguna. Rubén lo miró con una esperanza casi infantil, como si pudiera ser mentira. En el Mutua Madrid Open no había prórrogas: o llegabas entero o te ibas a la mierda.

—Necesito que me prepares —murmuró.

—Lo que necesitas es un adulto responsable —respondió Irene—. Y yo ya he cubierto el cupo.

Cerró la puerta sin portazo. El silencio hizo más ruido que ella.

❂❂❂

El entrenador apareció veinte minutos después, con el café temblando en el vaso de cartón y la cara de quien había dormido poco y mal.

—Dime que es mentira —soltó nada más verlo.

—Depende de qué parte.

—La parte en la que te has cargado el tobillo haciendo «el Tarzán».

Rubén se encogió de hombros. El gesto le tiró de la rodilla, que también quería opinar.

—Ha sido un mal apoyo.

—Claro. Un mal apoyo sentimental, supongo.

Marcos llevaba veinte años en el circuito y había aprendido a distinguir tres ruidos: el de las pelotas nuevas, el de las excusas viejas y el de los representantes cuando huelen sangre.

—Irene se ha ido —dijo Rubén.

—Lo sé. Me ha llamado desde el ascensor.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que te cuide otro. Y que te compres un cerebro de repuesto.

Marcos dejó el café en la mesa y miró el tobillo con atención profesional.

—Así no juegas Madrid.

—Sí juego.

—No.

—Sí.

—No.

Se quedaron callados un momento, cada uno aferrado a su mentira favorita.

—Busca a alguien —ordenó Rubén al final—. El que sea.

—El que sea no te va a aguantar —respondió Marcos—. Necesitas a alguien bueno y, sobre todo, alguien que no te deba nada.

❂❂❂

Esa misma tarde el club parecía una estación de paso: gente entrando y saliendo con prisa. El representante hablaba por teléfono sin respirar, el preparador físico repetía que todo tenía arreglo y el médico revisaba radiografías como quien consultaba un mapa viejo.

Rubén caminaba despacio por el pasillo, intentando no cojear más de la cuenta. En el vestuario alguien había dejado una bolsa de hielo abierta y el suelo estaba mojado. Se sentó en el banco y pensó en Madrid: la pista central, el ruido, su madre que no estaría nunca más en la grada, los patrocinadores pidiendo sonrisas que no cotizaban en el *ranking*. Todo eso cabía dentro de un tobillo inflamado.

El móvil vibró.

IRENE:

«He dejado tus cosas en recepción. No mezcles el ibuprofeno con el orgullo, que te sienta fatal».

No respondió. El orgullo, de momento, era lo único que no le dolía.

Marcos volvió con una lista escrita a mano.

—He llamado a media ciudad —dijo—. Los buenos están pillados y los libres no te los recomiendo ni para un esguince de orejas.

—Necesito a alguien ya.

El entrenador tachó un nombre y dejó otro rodeado con un círculo.

—Hay una fisio que trabajó con el equipo femenino de Copa Federación. Dicen que es seria.

—¿Seria bien o seria de funeral?

—Seria de no aguantarte tonterías.

A Rubén le molestó la descripción y, al mismo tiempo, le dio cierta tranquilidad.

—Se llama Nora Pardo —continuó Marcos—. No es del circuito, así que viene limpia de vicios.

—¿Sabe quién soy?

—Eso es lo mejor: parece que le da igual.

El teléfono volvió a vibrar con un correo del torneo recordando plazos y compromisos. Dos semanas. Catorce días para convertir un tobillo ridículo en un tobillo profesional.

—Llámala —dijo Rubén al fin—. Y dile la verdad.

—¿Toda?

—La imprescindible.

Marcos asintió y salió al pasillo con el móvil en la mano.

Rubén se quedó solo, mirando la foto de Buenos Aires boca abajo. Pensó que los trofeos pesaban menos que las decisiones y

que, a veces, el mayor rival no estaba al otro lado de la red sino dentro de la misma zapatilla.

Dos semanas para Madrid.

Y un tobillo que no había pedido participar en ninguna hazaña.

.

CAPÍTULO 2

LA OFERTA

Nora no sabía quién era Rubén.

Cuando Marcos la llamó, estaba contando monedas como una cajera de los noventa y pensando que la clínica se le estaba quedando grande para lo pequeña que era su vida.

El casero le había subido el alquiler con la misma sonrisa con la que se anunciaba un entierro. Su madre, recién divorciada, se había instalado en el sofá con su perra Lola y un catálogo de abogados matrimonialistas.

—Es provisional —había dicho su madre la primera noche.

Lola se hizo pis en la alfombra para dejar claro que no estaba de acuerdo.

Así que cuando sonó el teléfono y un entrenador de tenis le habló de dos meses de trabajo, dietas incluidas y sueldo con varios ceros, Nora pensó que, por una vez, el universo había decidido portarse como un banco: mal, pero a tiempo.

—Es un jugador del circuito —explicó Marcos—. Necesita preparación urgente para Madrid.

—¿ La cosa es grave?

—Lo suficiente.

—¿Difícil?

—Bastante.

—¿Paga?

—Mucho.

Nora miró el techo de la clínica, donde una mancha de humedad tenía forma de continente sin descubrir, y dijo que sí antes

de que el sentido común se despertara.

❂❂❂

La urbanización estaba en un barrio con nombre de promesa: jardines, lagos, campos de golf. El taxi la dejó en una garita donde un vigilante la miró como si llevara una bomba en el bolso en vez de una camilla plegable.

Mientras caminaba hacia la casa, Nora se inventó su propia película. Se vio cobrando facturas a tiempo, cambiando el cartel viejo de la clínica, comprándole a su madre un sofá nuevo para que dejara de dormir en el suyo. Se vio incluso de vacaciones, cosa que no le pasaba desde que el euro era un proyecto de moneda.

—A ver si me ha venido Dios a ver —murmuró.

La casa era grande, de esas que no sabían si querían ser un hogar o un hotel. Tocó el timbre y le abrió una mujer con uniforme que parecía recién planchado.

—¿La fisio?

—La misma.

La condujeron por un pasillo donde todo brillaba como los espejos.

Rubén estaba en el salón, con el pie apoyado en una silla y la televisión hablando de fondo. No se levantó al verla. Tampoco la miró del todo.

—Tú debes de ser Nora.

—Y tú debes de ser el del tobillo —respondió ella, dejando la bolsa en el suelo.

Él frunció el ceño. No estaba acostumbrado a que le contestaran sin pedir cita previa.

—Me han dicho que eres buena.

—Me lo dicen mis pacientes. Los que pagan, claro.

Rubén la miró por fin. Tenía cara de haber dormido mal y de no querer reconocerlo.

—Necesito estar listo para Madrid.

—Y yo ver qué tienes de verdad —dijo Nora—. Quítate la zapatilla.

Mientras trabajaba, hizo inventario del personaje: nuevo rico de manual, reloj que pesaba más que el tobillo, una colección de caprichos ordenados por colores. Hablaba como quien daba órdenes a un dron y esperaba la obediencia ciega de las personas.

—No me gusta el hielo —comentó él.

—A mí no me gusta tu rodilla y aquí estamos.

La mujer del uniforme trajo un café que nadie había pedido. Rubén le dio un sorbo y puso cara de experto en amarguras.

—El otro fisio me dejaba entrenar igual —dijo.

—El otro fisio ya no está —respondió Nora—. Y tu tendón tampoco.

Le movió el pie con cuidado. Él apretó los dientes.

—¿Cuánto tardas en arreglar esto?

—No es un grifo —contestó—. Es un cuerpo.

Rubén suspiró como si le hablaran en chino.

—Tengo patrocinadores, compromisos, prensa que atender…

—Y un tobillo que no entiende de agendas.

Se hizo un silencio incómodo. Desde la cocina llegaba el sonido de una batidora…

Nora terminó la exploración y se limpió las manos con gel hidroalcohólico.

—Si juegas Madrid así, te romperás del todo.

—Eso ya me lo han dicho.

—Pues te lo repito gratis.

Rubén la miró con una mezcla de fastidio y curiosidad.

—¿Siempre hablas así?

—Solo cuando me pagan poco o me mienten mucho.

El teléfono de él vibró sobre la mesa. Lo ignoró con la autoridad de quien ha aprendido a no obedecer a las pantallas.

—¿Aceptas el trabajo? —preguntó.

—Depende de las condiciones.

Marcos apareció entonces por la puerta como un árbitro cansado.

—Las condiciones son claras —dijo—. Dos meses, gira europea, dedicación completa.

—Y yo pongo los límites —añadió Nora—. Si digo que paras, paras.

Rubén soltó una risa breve.

—No eres mi madre.

—Gracias a Dios.

Nora recogió sus cosas y miró el salón otra vez. El sofá era enorme, las lámparas costaban más que su coche y, sin embargo, el dueño tenía el mismo miedo que cualquier humano a las desgracias, la salud y la muerte…

Pensó en la clínica, en la subida del alquiler, en su madre ocupando el baño como si fuera un territorio conquistado. Pensó en Lola mordiendo zapatillas que no eran suyas.

—Acepto —dijo al final—. Pero no hago milagros.

Rubén asintió como quien firma un armisticio que no piensa cumplir.

—Bienvenida a la familia —murmuró.

Nora salió a la calle con la sensación de haber entrado en un mundo que no era el suyo. Miró la urbanización, los setos perfectos, los coches que brillaban como mentiras bien enceradas.

CAPÍTULO 3

VIDA INTERIOR

Nora oyó a su madre antes de meter la llave.

—¡Ernesto, no me hables de generosidad! —gritaba desde el salón—. «Generoso fuiste con tu secretaria»; conmigo fuiste un cabrón.

Abrió la puerta y se encontró el cuadro de cada tarde: Lola mordiendo la pata de la mesita baja y su madre dando vueltas con el móvil pegado a la oreja.

—¡Mamá, la mesa!

—Que muerda —respondió sin mirarla—. Peor muerdo yo.

En la cocina estaba Bea, con la nevera abierta.

—Mi compañera se ha comido la compra de ayer —dijo—. Entera. Ni un yogur ha dejado.

—Cierra, que se escapa el frío —contestó Nora.

Bea sacó una cerveza.

—He venido a merendar y a despotricar. Y no por ese orden.

Lola arrancó otro trozo de madera. La mesita ya parecía un palillo mondadientes.

—Esto era de mi abuela —murmuró Nora.

—Tu abuela ya no vive aquí —respondió su madre—. Y la perra sí.

El piso era pequeño y ruidoso. Las maletas de su madre ocupaban el pasillo y había cosas por todas partes que nadie recordaba haber comprado.

—¿Qué tal el famoso? —preguntó Bea desde la cocina.

—No es famoso. Es tenista.

—Peor. Los tenistas se creen famosos por horas.

Su madre colgó por fin y dejó el móvil junto al trozo de mesa «amputada».

—Tu padre dice que la compensatoria la decidirá el juez.

—Pues que decida rápido —respondió Nora—. Que aquí no cabemos todas.

Lola se subió al sofá y dejó un rastro de serrín.

Bea levantó la cerveza.

—Brindo por sobrevivir —dijo.

Nora se sentó y notó el cansancio de golpe.

—He aceptado un trabajo —soltó.

Las dos la miraron a la vez.

—¿De los de verdad? —preguntó su madre.

—De los de viajar y cobrar.

Bea levantó las cejas.

—¿Con hotel?

—Con hotel.

—Pues me alegro —dijo la madre—. A ver si así respiras un poco.

—Son dos meses —añadió Nora—. Con un tenista que está lesionado.

—¿Guapo? —preguntó Bea.

—Imbécil —respondió Nora.

La madre se rio.

—Entonces es buen trabajo. Los imbéciles pagan mejor.

Nora miró la mesita destrozada, las maletas abiertas y la nevera medio vacía. Pensó en el casoplón de Rubén, tan limpio que parecía de mentira.

—Empiezo mañana —dijo.

Bea dio un trago largo.

—Pues que te pague mucho y te moleste poco.

Lola mordió otro trozo de madera como para confirmar lo que acababa de soltar Bea por la boca.

CAPÍTULO 4

PRIMER SERVICIO

Nora llegó al club con diez minutos de adelanto y la idea absurda de que, si entraba despacio, el trabajo también iría despacio.

Rubén apareció por el pasillo con la camiseta de uno de sus patrocinadores y un tobillo que no parecía suyo. Era más guapo de lo que recordaba, lo bastante como para estropear cualquier protocolo.

—Buenos días —dijo él.

—Veremos —respondió Nora.

Marcos mostró rápidamente los informes del médico, del preparador… Los papeles hablaban de un esguince de grado dos.

Rubén se sentó en la camilla y miró el vendaje como si fuera un enemigo personal.

—¿Cuánto tiempo vas a tenerme castigado?

—El que necesite tu tobillo, no tu ego.

—Mi ego paga tu sueldo.

—Tu ego me da trabajo. No es lo mismo.

Le cogió el pie y empezó la valoración mucho más profunda que la primera vez. Piel caliente, músculo tenso, orgullo inflamado.

—Aprieta.

—Aprieto.

—No, haces teatro.

Él soltó una media sonrisa.

—No pareces fisio.

—Tú no pareces lesionado y aquí estamos.

Marcos carraspeó y desapareció.

—El plan es sencillo —dijo Nora—: hoy movilidad y control. De pista, nada.

—Tengo *sparring*[1] a las diez.

—Tienes una cita con la realidad.

Rubén bajó la mirada al tobillo.

—No he venido a hacer manualidades con gomas.

—Pues imagina que son esposas.

Le colocó la banda elástica y le marcó el ritmo.

—Quince repeticiones.

—Esto lo hace mi sobrino.

—Tu sobrino no se gana la vida jugando al tenis.

Él obedeció con cara de mártir.

—¿Siempre eres así de simpática?

—Solo con los que confunden valentía con imprudencia.

El tobillo protestó y Nora paró el ejercicio.

—Hasta aquí.

—Puedo seguir.

—No.

Se miraron un segundo de más.

—No estoy acostumbrado a que me frenen.

—Yo no estoy acostumbrada a que me ignoren.

Marcos se acercó con una jarra de agua y la mejor de las intenciones.

—Va bien —murmuró.

—Va como tiene que ir —respondió Nora.

Rubén se secó el sudor con la camiseta y ella tuvo que concentrarse en el suelo para no fijarse en otra cosa.

—Mañana repetimos —dijo—. Y por la tarde trabajo en tu casa.

—¿También vienes?

—Me han contratado para eso, no para rezar.

Él la estudió como si estuviera pensando si cambiar de fisio o darle un muerdo en la boca.

—Eres difícil.

—Soy cara. Conviene aprovecharme.

Rubén rio por lo bajo.

—Vale, jefa.

Nora recogió el material.

—Nada de entrenar a escondidas.

—No soy un niño.

—Perfecto, porque no soy tu madre.

Se hizo un silencio raro, de los que no necesitan traducción.

—Dos semanas para Madrid —dijo él.

—Dos semanas para no hacer el idiota —corrigió Nora.

Rubén asintió despacio.

—Me caes mal.

—Estupendo. La falta de cariño ablanda los tendones.

Cuando ella salió a la pista, pensó que aquel trabajo iba a ser complicado, caro y peligrosamente entretenido.

Y el tobillo era casi lo de menos.

CAPÍTULO 5

EN SU CASA

La casa de Rubén era grande, silenciosa y demasiado ordenada para que alguien viviera de verdad. Nora dejó la mochila en el suelo con la sensación de estar pisando un piso piloto.

Miró alrededor por pura deformación profesional. El sofá era de los que salían en las revistas que hojeaba en la sala de espera. Recordó un reportaje de Lázaro Rosa-Violán: salones bonitos pero sin cara de museo. Siempre pensaba lo mismo: «Cuando tenga dinero de verdad, quiero un sitio que no me pida perdón por existir».

Él apareció descalzo y con una camiseta que parecía empeñada en distraerla.

—Pasa —dijo—. El tobillo te echa de menos.

—El tobillo no opina —respondió Nora—. Tú sí. Y demasiado.

Montó la camilla en el salón mientras Rubén la observaba con media sonrisa.

—¿Siempre te llevas el trabajo a casa?

—No.

Él se tumbó y dejó el pie a su alcance.

—Trátame bien.

—Pórtate bien.

Nora empezó a trabajar la zona con movimientos firmes. Notaba el pulso de él bajo los dedos y el suyo propio haciendo lo que le daba la gana.

—Estás tensa —dijo Rubén.

—Estoy trabajando.

—Pareces enfadada.

—Estoy enfocada.

Él sonrió sin mirarla.

—Te pongo nerviosa.

—Me pone nerviosa tu tobillo —mintió ella.

Rubén soltó una risita.

—Mi tobillo no te está mirando así.

Nora apretó un poco más de la cuenta.

—Como sigas hablando, terminamos rápido.

Hubo un silencio breve.

—¿Te han avisado de que soy un desastre?

—Me han avisado de que eres un cabrón —respondió ella sin levantar la vista.

—¿Y aun así has venido?

—Cobro por horas.

Él se incorporó sobre los codos.

—No te creo.

—No es tu problema.

Nora le colocó una venda y notó cómo él la seguía con los ojos, despacio.

—¿Nunca sales con pacientes? —preguntó Rubén.

—Nunca.

—Lástima.

—Para ti.

Rubén dejó caer la cabeza en la camilla.

—Tengo una pregunta profesional.

—Dispara.

—¿Cenar ayudaría al tobillo?

Nora levantó una ceja.

—Depende de con quién.

—Conmigo, por ejemplo.

Terminó de fijar la venda.

—No.

—Ni siquiera te he dicho dónde.

—No.

—Eres de respuestas cortas.

—Ahorra malentendidos.

Él la observó con calma.

—Tengo mesa en el Baluarte a las nueve. Se come bien, se bebe mejor y nadie habla de ligamentos.

—No me impresionan los restaurantes caros.

—No quiero impresionarte. Quiero alimentarte.

Nora se cruzó de brazos.

—Suena a plan de depredador.

—Soy tenista, no lobo.

—Aún no lo tengo claro.

Rubén sonrió de lado.

—Prometo portarme mal solo lo justo.

—Eso no tranquiliza.

—Tampoco lo pretendía.

Nora recogió el material más despacio de lo necesario.

—¿Y si digo que no?

—Cenaré solo. Me deprimiré. Ganaré tres kilos por culpa del postre.

—Qué dramático.

—Deportista de élite. El drama viene de serie.

Ella se colgó la mochila.

—Tengo que ducharme, alimentar a mi madre y evitar que mi perra se coma otra mesa.

—Te recojo a las ocho y media.

—No he dicho que sí.

Rubén abrió la puerta del salón.

—Tampoco has dicho que no.

Se miraron un segundo de más.

—Eres un poco chulo, ¿lo sabes?

—Un poco es mi versión humilde.

Antes de salir, Nora se giró.

—Si voy, hablamos de horarios.

—Si vienes, hablamos de lo que quieras.

La puerta se cerró y Nora se quedó en el pasillo con una idea incómoda: casi que le apetecía decir que sí.

—Cabrón —murmuró.

Y lo peor era que lo decía sonriendo.

CAPÍTULO 6

LA VUELTA DE NORA

Nora abrió la puerta con el hombro porque llevaba la mochila, el bolso y una bolsa con vendas usadas. Dejó todo encima de la mesa, incluido el móvil.

—¡Ya era hora! —gritó su madre desde el salón.

Lola salió disparada al oír la llave.

Beatriz apareció desde la cocina con una tostada fría en la mano.

—¿Es verdad? —preguntó sin saludar.

—Buenas tardes a ti también—replicó con sorna.

La madre asomó la cabeza por encima del sofá.

—¿Qué verdad? ¿Te han echado? ¿Te has comprado un patinete?

Beatriz señaló con la tostada.

—Lo del tenista.

Nora dejó las cosas en una silla que ya estaba ocupada.

—Trabajo con un tenista ya os lo dije, ¿es que no escucháis? No es lo mismo.

—Es lo mismo —dijo Bea—. Ya he visto fotos.

—¿Es de fiar? —preguntó la madre—. Que los deportistas tienen mucho tiempo libre para hacer tonterías.

—Es un paciente.

—Tu padre también empezó siendo un paciente de la vida —murmuró la madre—, y mira.

Nora entró en la cocina buscando agua.

—¿Y qué tal es? —insistió Bea—. ¿Borde?

—Complicado.

—Complicado es mala señal —sentenció la madre.

Nora bebió.

—No me ha invitado a nada.

Las dos la miraron a la vez.

—Bueno… ha dicho algo de cenar.

—Ajá —dijo su amiga.

—Yo no he dicho que sí.

—Tampoco que no —respondió la madre.

El móvil vibró encima de la mesa.

Beatriz se quedó quieta.

—Es él.

—No sabes si es él.

—Es él —repitió la madre.

Nora miró la pantalla.

RUBÉN:

«¿Sigues viva o te has fugado con mi tobillo?»

El móvil volvió a vibrar.

RUBÉN:

«Te recojo a las 20:30. Prometo no hablar de ligamentos más de cinco minutos».

—Contéstale algo corto —dijo la madre.

Nora escribió.

NORA:

«Soy difícil de alimentar».

La respuesta fue inmediata.

RUBÉN:

«Me gustan los retos».

Beatriz abrió la nevera.

—Vas a ir.

—No voy a salir con nadie —dijo Nora—. Voy a cenar con un paciente.

—Se empieza profesionalmente y luego se acaba llorando en la ducha —murmuró la madre.

El móvil vibró otra vez.

RUBÉN:

«Ponte algo cómodo».

Nora resopló.

—Es un cabrón.

Bea levantó la cerveza.

—Debe tener un montón de tías babeándole las «tenis», y además estos que tienen mogollón de pasta suelen ser de la cofradía de la Virgen del Puño… Por no hablar de lo siesos que son cuando están hartos de espantar moscardones.

—Madre mía, ni que fuera un cabestro, ¡qué mal rollo me estás dando Bea!

Nora miró la pantalla encendida y pensó que lo difícil no era ir, sino fingir que no quería.

CAPÍTULO 7

LA CENA

Nora abrió el armario y se quedó mirando la ropa como si fuera un examen sorpresa.

—No voy a tardar nada —anunció desde el dormitorio.

—Eso lo dicen todas —respondió Beatriz desde el salón.

La madre apareció en la puerta con los brazos cruzados.

—Ponte algo normal.

—¿Qué es normal?

—Que no parezca que te da igual… pero que tampoco se piense que has pedido cita con un cirujano.

Nora sacó un vestido negro y lo volvió a colgar.

—Demasiado.

Probó con unos vaqueros.

—Muy poco.

—Parece que vas a pagar la cuenta tú —dijo su amiga.

—No voy a pagar la cuenta yo. Dijo que me invitaría.

—Entonces no te pongas cara de rata.

Nora resopló.

No quería ir demasiado arreglada. Tampoco hecha un desastre. No quería que pareciera importante. Y era evidente que lo era, porque llevaba diez minutos cambiándose la camiseta.

—Voy a ir como siempre.

—Eso no existe —dijo su madre—. «Como siempre» es mentira.

Nora se puso unos pantalones negros, una camisa blanca sencilla y se miró en el espejo.

—¿Esto qué es?

—Equilibrio —dictaminó Bea—. Ni boda ni botellón.

—Ni pava ni ejecutiva —añadió la madre.

Nora se soltó el pelo. Se lo volvió a recoger. Se lo volvió a soltar.

—Estoy haciendo el ridículo.

—Sí —dijo Bea—. Pero con dignidad.

El móvil vibró.

RUBÉN:

«Estoy abajo».

Nora notó el estómago hacer cosas raras.

—Ya está aquí.

—Respira —ordenó la madre—. Y no sonrías como si te hubieran dado un premio.

—No voy a sonreír.

—Vas a sonreír —dijo Bea—. Se te nota en la cara.

Nora cogió el bolso.

—No es una cita.

—Claro que no —respondió su madre—. Es una cena con un hombre guapo que te recoge en coche. Profesionalmente.

Nora abrió la puerta.

—No me esperéis despiertas.

—Ni los sueñes —gritó Bea—. Vamos a estar pegadas a la ventana.

Cuando bajó al portal, Rubén estaba apoyado en el coche. Chaqueta oscura, camisa clara. Sin pista de tenis. Sin camilla. Sin excusas.

La miró de arriba a abajo, despacio.

—Estás…

—No termines esa frase.

—… puntual.

Nora levantó una ceja.

—He estado a punto de no venir.

—Yo no.

—Qué seguridad.

—No es seguridad —dijo él—. Es estadística.

—¿Ah, sí?

—Si me dices que no, vuelvo a intentarlo mañana.

Nora intentó no sonreír. Falló.

—Eres insistente.

—Soy tenista.

Le abrió la puerta del coche.

—Relájate. No voy a morderte.

—Eso ya lo veremos.

Rubén cerró la puerta y rodeó el coche.

—Te veo nerviosa.

—Estoy tranquila.

—Mentira.

—Estoy tranquila y tú hablas demasiado.

Él arrancó.

—¿Puedo decir algo sin que me amenaces con una venda elástica?

—Depende.

—Estás muy bien.

Nora miró por la ventana.

—Gracias.

—No era una trampa.

—Lo sé.

Silencio corto.

—¿Siempre te cuesta tanto aceptar un cumplido? —preguntó él.

—Siempre me cuesta tanto que me lo digan en serio.

Rubén la miró un segundo antes de volver a la carretera.

—Entonces vamos a cenar. Y luego ya vemos quién gana el siguiente punto.

Nora se cruzó de brazos para que no se le notara que le temblaban un poco las manos.

No era una cita.

Era una cena.

Y ella no era una pava.

Pero el estómago no estaba del todo de acuerdo.

Hablaron de cosas pequeñas.

Del club. De su clínica. De su madre. De la presión absurda de que todo tuviera que significar algo.

—Cuando me lesioné por primera vez —dijo él— pensé que se acababa todo.

—Siempre pensáis eso.

—¿Y no se acaba?

—No. Se recoloca.

Él la miró un segundo más de lo normal.

—Eso haces tú, ¿no?

—Recolocar.

—Sí.

En un momento dado, al pasarle el pan, sus dedos se rozaron.

Nada.

Pero suficiente como para que ninguno retirara la mano de inmediato.

—Estás más tranquila —dijo él.

—No me estás poniendo a prueba.

—Me estoy portando bien.

—No abuses.

Rieron. En bajito, más relajados.

Al salir, el aire era fresco y la ciudad estaba en ese punto exacto en el que parecía que todo podía pasar o no pasar nunca.

—¿Te acompaño? —preguntó él, como si no fuera obvio.

—Sí.

Montaron en el coche y cuando llegaron a casa, Rubén la acompañó hasta el portal.

—Gracias por la cena.

—Gracias por no huir.

—He pensado en hacerlo.

—Yo también.

Se miraron. No se besaron.

Él le apartó un mechón de la cara con un gesto torpe, pero delicado.

—Buenas noches, Nora.

—Buenas noches, Rubén.

Subió las escaleras con el pulso algo más rápido de lo normal.

No por la cena.

Por lo que no había pasado… todavía.

Y eso, pensó, era lo peligroso.

CAPÍTULO 8

DE VUELTA A CASA

Nora abrió la puerta y supo que algo no iba bien.

No por el ruido —en su casa el ruido era ya parte del mobiliario—, sino por las maletas. Dos grandes y una pequeña, apoyadas junto al mueble del recibidor, como si alguien hubiera decidido mudarse sin pedir permiso.

—¿Bea? —dijo, dejando las llaves.

Desde el salón apareció Lola, la perra de Carmen, con una croqueta en la boca y esa dignidad suya de quien hacía lo que le daba la gana porque podía.

—No —murmuró Nora—. No me jodas.

—¡Nora! —gritó su madre—. Estamos en el salón.

Estamos.

Entró despacio. Carmen estaba sentada a la mesa baja con un plato de tortilla de patatas. Beatriz, en el sofá, atacaba otro igual. Lola alternaba entre ambas posiciones según caían las sobras.

—Vale —dijo Nora—. Ahora mismo no quiero explicaciones largas. Solo necesito saber una cosa.

Beatriz levantó la mano.

—Me he quedado en el paro.

—Ajá.

—Y no puedo pagar el alquiler.

—Ajá.

—Y tu casa es acogedora.

Nora miró a su madre.

—¿Desde cuándo?

—Desde hoy —respondió Carmen—. Y no pongas esa cara, que no te estamos ocupando el trastero.

—Aún.

Dejó el bolso en la silla, que ya no estaba exactamente donde solía estar.

—¿Y las croquetas?

—Caseras —dijo su madre—. Las ha traído Bea.

—Ah. Eso lo cambia todo.

Lola se subió al sofá y apoyó el hocico en la rodilla de Nora.

—No te pongas así —dijo Beatriz—. Es temporal.

—Todo lo es —respondió Nora—. Algunas cosas más que otras.

Carmen la observaba con esa expresión suya de falsa inocencia.

—¿Qué tal la cena?

—Bien.

—¿Bien de «educado» o bien de «me he fijado en cosas»?

Nora estaba a medio quitarse el abrigo cuando notó el cambio de ambiente.

Beatriz y Carmen se miraron.

Se dieron un codazo discreto.

Demasiado discreto para serlo.

—Bueno —dijo Beatriz—. Ya que estamos las tres…

—Y sentadas —añadió Carmen—. Vamos a aprovechar.

Nora cerró los ojos un segundo.

—No.

—Sí —respondieron las dos a la vez.

—Vale —dijo Bea, inclinándose hacia delante—. Pregunta clave.

—La importante —añadió Carmen.

—La definitiva —remató Bea—. ¿Está macizo?

Nora resopló.

—Bea…

—Describe —ordenó Carmen—. Rápido.

—No voy a describir nada.

—O describes tú —dijo Bea— o lo hacemos nosotras.

Nora cerró los ojos.

—Es alto.

—¿Cuánto es alto? —saltó Carmen.

—Uno ochenta y pico.

—¡Uhhhh! —gritaron las dos.

—Complexión… fuerte.

—Macizo —tradujo Bea—. Seguimos.

—Moreno.

—¿Moreno

—Moreno normal.

—¿Ojos? —preguntó Carmen, ya relamiéndose.

Nora dudó un segundo.

—Azul oscuro.

Silencio.

—¿Azul oscuro? —gritó Bea.

—¿Azul peligroso? —añadió Carmen—.

—¿Azul de mirar y no pedir perdón?

—¿Azul de «te arruina la vida y luego se va a entrenar»?

—Azul normal —intentó Nora.

—No existe el azul normal —sentenció Bea—. Eso es azul rompehogares.

—¿Boca? —siguió Carmen—.

—Normal.

—Tampoco existe —dijo Bea—. ¿De besar?

Nora notó cómo se le subía el calor a la cara.

—Bonita.

—¡Bonitaaa! —gritaron las dos.

Lola ladró, excitada por el escándalo.

—A ver, tenemos: alto, moreno, macizo, ojos azul oscuro criminales y boca bonita —indicó Bea contando con los dedos de una mano.

—Esto ya es material sensible —añadió Carmen.

—No es para tanto —protestó Nora.

—Estás roja —dijo Bea.

—No.

—Estás roja.

—Es calor.

—Es deseo —corrigió Carmen.

—¿Está en el top cien de la ATP? —preguntó Carmen.

—Top diez —respondió Nora sin pensar.

Silencio.

—¿Top diez? —repitieron las dos.

—Vale —dijo Beatriz—. Esto se pone interesante.

—¿Cuánto dinero? —preguntó Carmen, directa.

—Mamá…

—¡Hija, es información general!

Nora se encogió de hombros.

—Mucho.

—¿Mucho de «vive bien» o mucho de «no sabe lo que cuesta el pan»?

—Lo segundo.

Beatriz se levantó para coger una cerveza.

—¿Dónde vive?

—En una urbanización.

—¿Urbanización de verdad o chalé de futbolista venido a menos?

—De verdad.

—¿Cuántos coches tiene? —insistió Carmen.

—No lo sé.

—Más de dos —apuntó Beatriz.

—Supongo, pero no los he contado.

Carmen sonrió satisfecha.

—Vale. Ahora lo importante.

Beatriz se apoyó en el respaldo del sofá.

—¿Es gracioso?

—A ratos.

—¿Gracioso bien o gracioso tipo cuñado?

—Bien.

—¿Te ha mirado raro? —preguntó Carmen.

—¿Raro cómo?

—Como cuando alguien te mira más de la cuenta y luego disimula.

Nora notó calor en la cara.

—Un poco.

Beatriz dio una palmada suave.

—¡Ajá!

—¿Te ha tocado? —preguntó Carmen.

—¡Mamá!

—Nada indecente. Un brazo. Una mano. Un «sin querer».

Nora dudó medio segundo.

—Un poco.

—¿Y te besó? —soltó Beatriz, directa.

Nora abrió la boca. La cerró.

—No.

—Mmm —dijo Carmen—. Eso no es un no convincente.

—No me ha besado.

—¿Pero había ganas? —preguntó Beatriz.

Nora se levantó.

—Sois unas pesadas.

—Roja —canturreó Beatriz—. ¡Estás roja otra vez!

—No es verdad.

Carmen la miró con ternura.

—Hija, estás como un tomate en agosto.

—Es cansancio.

—Claro —dijo Beatriz—. Cansancio con cena buena y top diez de la ATP.

Nora se pasó la mano por la cara.

—No era una cita.

—No —asintió Carmen—. Era peor.

—¿Peor?

—Sí. Era de las que empiezan sin querer.

Beatriz sonrió.

—Eres una siesa.

—No soy una siesa.

—Un poco sí —añadió Carmen—. Pero nos gustas así.

Lola se acercó y apoyó de nuevo el hocico en la pierna de Nora.

—Le gusta —dijo Beatriz.

—Mucho —confirmó Carmen.

Nora negó con la cabeza, derrotada.

—Voy a ducharme.

—Perfecto —dijo Beatriz—. Nosotras mientras haremos apuestas.

—Ni se os ocurra.

—Diez euros a que mañana sonríes entrenando —añadió Carmen.

Nora se fue por el pasillo con la cara todavía caliente.

Desde el salón oyó:

—¿Cuánto dices que cobra?

—Mucho.

—Ajá.

Nora cerró la puerta del baño.

—Siesas vosotras —murmuró.

Y sonrió.

CAPÍTULO 9

MENSAJES EN LA OSCURIDAD

Nora salió de la ducha con el pelo todavía goteando y una toalla en la cabeza. En la mesilla, el móvil llevaba un rato vibrando con esa insistencia tonta que tienen los wasaps cuando quien escribe sabe que no debería hacerlo.

RUBÉN (23:14):

«¿A qué hora vienes mañana?»

Nora lo leyó dos veces. Era una pregunta profesional. Normal. Del montón. Pero eran las once y cuarto y él estaba despierto y ella también y eso ya dejaba de ser normal cuando acababan de verse.

NORA (23:15):

«A las 9. Como todos los días.»

Los tres puntos de la aplicación bailaron al instante…

RUBÉN (23:16):

«¿Como todos los días? Qué aburrido. Pensé que la cena te habría inspirado más creatividad.»

Nora sonrió a pesar de sí misma.

NORA (23:17):

«Mi creatividad se limita a ligamentos. Los tuyos están mejorando. No te quejes.»

RUBÉN (23:17):

«No me quejo. Solo digo que podrías venir antes. O después. O quedarte.»

NORA (23:18):

«Quedarme dónde.»

Lo escribió como afirmación. Lo leyó como pregunta. Lo envió como error.

RUBÉN (23:19):

«En mi casa. En mi cama. En la camilla si te empeñas en lo profesional. Me da igual el mueble.»

El corazón le dio un vuelco de esos que duelen un poco.

NORA (23:20):

«Eres un poco directo, ¿no?»

RUBÉN (23:20):

«Tengo dos semanas para Madrid. Y un tobillo que no me deja dormir. Y una fisioterapeuta que se me ha metido en la cabeza como no lo hacía nadie desde... bueno, desde siempre.»

NORA (23:21):

«Suenas a lesionado desesperado.»

RUBÉN (23:22):

«Sueno a tío que no puede dejar de pensar en cómo me mirabas esta noche. Y en cómo apartaste la mirada. Y en cómo volviste a mirar.»

Nora dejó el móvil boca abajo sobre la cama. Respiró hondo. Contó hasta tres. Lo recogió.

NORA (23:24):

«Estás interpretando cosas que no pasaron.»

RUBÉN (23:24):

«¿Seguro?»

NORA (23:25):

«Segurísima.»

RUBÉN (23:25):

«Entonces ¿por qué tardaste tres minutos en contestar?»

Hija de puta. La había cazado.

NORA (23:26):

«Estaba secándome el pelo.»

RUBÉN (23:26):

«Ah. ¿Y ahora? ¿También te lo estás secando?»

NORA (23:27):

«Ahora estoy hablando con un paciente impertinente.»

RUBÉN (23:27):

«Pues deja de hablar con el paciente y háblame a mí.»

El teléfono vibró con una foto. Rubén en su salón, con camiseta negra, el pelo revuelto y esa media sonrisa de quien sabía exactamente lo que estaba haciendo. Sin filtro. Sin pose. Con la luz suave y los ojos clavados en ella.

«Así estoy yo. Y tú, ¿cómo estás?»

Nora miró su reflejo en el espejo. El albornoz. El pelo mojado. La cara que ya era otra.

Se hizo una foto. Sin enseñar demasiado. Sin esconderse del todo. La luz de la mesilla, el borde de la cama, el escote justo del albornoz donde empezaba la piel todavía caliente de la ducha.

La envió antes de poder arrepentirse.

NORA (23:31):

«Así estoy yo.»

Los tres puntos tardaron en aparecer. Luego sí. Luego no. Y al final...

RUBÉN (23:33):

«Nora.»

Solo su nombre. Y un punto.

NORA (23:33):

«Dime.»

RUBÉN (23:34):

«¿Sabes lo que me gustaría hacer ahora mismo?»

Nora se mordió el labio.

NORA (23:34):

«Dímelo.»

RUBÉN (23:35):

«Quitarte esa toalla. Despacio. Muy despacio. Como cuando trabajas mi tobillo. Con esa concentración tuya. Pero en otro sitio.»

El calor le subió desde el pecho hasta la cara.

NORA (23:36):

«¿En qué sitio?»

RUBÉN (23:36):

«En la nuca. En la clavícula. En esa parte de la espalda donde termina el cuello y empieza todo lo demás.»

NORA (23:37):

«Eres un peligro.»

RUBÉN (23:37):

«Soy un tío con un tobillo jodido y una fisio que me tiene loco. No es lo mismo.»

NORA (23:38):

«Sí es lo mismo.»

RUBÉN (23:38):

«¿Y tú? ¿Qué me harías tú?»

La pregunta se quedó ahí, flotando.

Nora pensó en decirlo. En escribirlo. En lanzarse.

NORA (23:40):

«Yo te haría callar.»

RUBÉN (23:40):

«No me gusta callar.»

NORA (23:41):

«Ya. Por eso. Te taparía la boca con algo.»

RUBÉN (23:41):

«¿Con qué?»

NORA (23:42):

«Con un beso. O con una venda. Según lo impertinente que estuvieras.»

La respuesta fue inmediata.

RUBÉN (23:42):

«Prefiero el beso.»

Nora soltó una risita, nerviosa, caliente.

NORA (23:43):

«Mañana te voy a mirar y no voy a poder ni vendarte.»

RUBÉN (23:43):

«Mañana te voy a mirar yo a ti y no voy a poder ni entrenar. Así que estamos en paz.»

NORA (23:44):

«Esto no puede pasar.»

RUBÉN (23:44):

«Ya está pasando.»

NORA (23:45):

«Eres mi paciente.»

RUBÉN (23:45):

«Soy un hombre. Tú eres una mujer. El tobillo es lo de menos.»

Nora apagó la pantalla. La encendió. Volvió a apagarla.

El móvil vibró una última vez.

RUBÉN (23:47):

«Nora. Mañana a las 9. Tráeme vendas lo que quieras, pero por favor, tráeme esa mirada. La que tienes ahora. La que se te nota aunque no mandes fotos.»

Nora dejó el teléfono en la mesilla y se tumbó boca arriba.

El corazón le iba demasiado rápido.

En la otra habitación, Lola roncaba.

En la suya, el silencio pesaba y olía a él.

Cogió el móvil otra vez. Escribió. Borró. Escribió. Envió.

NORA (23:50):

«9 en punto. No llegues tarde. Y no me mires así.»

RUBÉN (23:50):

«¿Así cómo?»

NORA (23:51):

«Así. Como si ya me hubieras desnudado.»

Silencio.

RUBÉN (23:52):

«Buenas noches, Nora.»

RUBÉN (23:52):

«Y no. No voy a poder dormir.»

Nora sonrió en la oscuridad.

NORA (23:53):

«Buenas noches, Rubén.»

Apagó el móvil.

Pero no durmió.

CAPÍTULO 10

LA SESIÓN

Nora llegó al club con diez minutos de antelación y el presentimiento de que iba a ser un día largo.

Llevaba tres horas dando vueltas en la cama, dos tazas de café y una discusión interna sobre si aquel hombre era el peor error de su vida profesional o el mejor rato que había tenido en meses sin necesidad de desnudarse.

—Concéntrate —murmuró mientras cruzaba la puerta de vestuarios—. Eres profesional. Tú puedes.

La recibió el olor a linimento, a césped recién cortado y a esa mezcla de sudor y ambición que tenían todos los clubes de tenis. Sonido de pelotas contra la pared, el golpe seco y rítmico de alguien entrenando en la pista de al lado.

Y él.

Rubén estaba apoyado en la pared del pasillo, brazos cruzados, esa camiseta gris que marcaba de más y una sonrisa que ya era una declaración de intenciones.

—Llegas pronto —dijo.

—Tú también.

—No he dormido.

—Se te nota.

—Tú tampoco.

—También se me nota.

Se miraron. Tres segundos largos.

—Vamos a la camilla —ordenó Nora, pasando a su lado sin rozarlo.

Pero lo notó. Notó cómo él la seguía con la mirada. Notó cómo el aire se movía distinto cuando él estaba cerca. Notó que el día iba a ser jodidamente complicado.

❂❂❂

En la sala de fisioterapia, Nora colocó el material con más método del necesario. Vendas. Gomas. Hielo. Crema. Todo en su sitio. Todo controlado.

Todo menos él.

Rubén se tumbó en la camilla sin que ella se lo pidiera. Apoyó el tobillo en la almohadilla y la miró con esa mezcla de desafío y deseo que ya empezaba a conocer.

—¿Duele? —preguntó ella, poniendo las manos sobre la articulación.

—Sí.

—¿Dónde?

—Aquí —dijo él, señalándose el pecho—. Y más abajo.

Nora levantó la vista.

—Habla del tobillo.

—Yo no he venido a hablar del tobillo.

—Pues has venido al sitio equivocado.

—No —respondió él, bajando la voz—. He venido al sitio exacto.

Ella apretó los dedos sobre el ligamento. Él contuvo el aire.

—Duele —dijo.

—Bien. Así sabes que estás vivo.

—Ya lo sé. No hace falta que me lo recuerdes.

Hubo un silencio tenso, eléctrico, mientras Nora trabajaba la zona con movimientos precisos. Las manos le temblaban un poco. Esperaba que él no lo notara.

Pero él lo notaba todo.

—He mirado tu foto otra vez —dijo Rubén en voz baja—. Esta noche. Antes de dormir.

—No deberías.

—Lo sé.

—Es una falta de respeto.

—Lo sé.

—Si alguien se entera...

—No se va a enterar.

Ella detuvo el masaje.

—Rubén.

—Dime.

—Esto no puede continuar.

—¿El qué?

—Esto. Los mensajes. Las miradas. Lo que sea que está pasando.

Él se incorporó sobre los codos.

—¿Y si quiero que pase?

—Pues no puedes.

—¿Por qué?

—Porque trabajamos juntos. Porque eres mi paciente. Porque si esto sale mal, te quedas sin fisio a dos semanas de Madrid. Y yo

sin trabajo. Y sin clínica. Y sin nada.

Rubén la miró fijamente.

—¿Y si no sale mal?

—Siempre sale mal.

—Eso es muy pesimista.

—Eso es realista.

Él se tumbó otra vez. Suspiró.

—Vale. Tú ganas.

Nora respiró hondo. Alivio. Decepción. Mezcla rara.

—Sigue con el masaje —dijo él—. Intento portarme bien.

—Eso sería un milagro.

—No creo en milagros. Pero por ti...

Nora volvió a colocar las manos sobre el tobillo. Intentó concentrarse. No lo consiguió del todo.

—Me distrae un huevo tu perfume —dijo él de repente.

—Rubén.

—Es un dato objetivo. No tiene malicia.

—Todo en ti tiene malicia.

—No es verdad. También tengo hambre. Y sueño. Y ganas de cosas normales.

—¿Como cuáles?

—Como desayunar contigo.

Nora soltó una risa corta.

—Estás desesperado.

—Estoy interesado. No es lo mismo.

Ella negó con la cabeza.

—Eres imposible.

—Lo sé. Pero me estoy conteniendo.

—No se nota.

—Pues me esfuerzo un montón.

Se miraron. Ella sonrió a pesar de todo.

—Vale —dijo—. Una cosa.

—Dime.

—Si sigues portándote bien... quizá un día de estos... desayunemos.

Rubén abrió mucho los ojos.

—¿En serio?

—He dicho quizá.

—¿Y dónde?

—En un sitio normal. Con café con leche y gente alrededor.

—¿Y el tobillo?

—El tobillo puede venir.

—¿Y puedo hablar?

—Depende de lo que digas.

—Voy a decir que me gustas.

Nora apretó un punto exacto del tendón. Él soltó un quejido.

—Duele.

—Eso es para que aprendas.

—No voy a aprender.

—Ya lo sé.

Terminó el masaje en silencio. Un silencio distinto. Más tranquilo. Menos tenso.

Cuando acabó, se limpió las manos y guardó el material.

—Mañana a las 9 otra vez —dijo.

—¿Y el desayuno?

—No he dicho cuándo.

—Pero lo has dicho.

—He dicho quizá.

—Para mí es un sí.

—Eres muy optimista.

—Soy tenista. Vivimos de eso.

Nora recogió la bolsa.

—Hasta mañana, Rubén.

—Hasta mañana, Nora.

Salió al pasillo con el corazón más ligero y revuelto al mismo tiempo.

—Desayuno —murmuró—. ¿En qué estaba yo pensando?

Pero ya lo sabía.

En él.

❂❂❂

Desde la puerta del vestuario, Marcos la vio pasar.

—Qué jeta —dijo en voz baja—. Esto se va a la mierda.

Y torció el gesto.

Porque él conocía a Rubén. Y conocía a las mujeres. Y cuando una mujer salía de una sesión con esa sonrisa, algo había cambiado.

Y no era el tobillo.

CAPÍTULO 11

SOSPECHAS

Marcos no era gilipollas.

Llevaba veinte años en el circuito y había visto de todo: novias que desaparecían en mitad de un Grand Slam, representantes que robaban más que los ladrones de coches, padres que confundían el amor con una hipoteca, y tenistas que se lesionaban de formas tan absurdas que parecían inventadas.

Pero lo que estaba viendo ahora era nuevo.

Rubén llevaba tres días sonriendo.

No era la sonrisa de cuando ganaba un partido, ni la de cuando firmaba un cheque gordo. Era otra. Más tonta. Más ligera. Más peligrosa.

—Está mucho mejor el tobillo —dijo Rubén esa mañana, después de la sesión de fisioterapia.

—Ya —respondió Marcos—. Se te nota.

—¿El qué?

—La mejoría.

Rubén asintió, distraído, mirando hacia la puerta por donde había salido Nora hacía cinco minutos.

—¿Te pasa algo? —preguntó Marcos.

—No. ¿Por qué?

—Porque llevas tres días con cara de haber visto un unicornio.

Rubén se encogió de hombros.

—Estoy bien.

—Demasiado bien.

—¿Y eso es malo?

—En ti, sí.

Marcos se sentó en el banco del vestuario y lo miró fijamente.

—Dime la verdad.

—¿Sobre qué?

—Sobre ella.

Rubén mantuvo la cara un segundo. Luego soltó el aire.

—No ha pasado nada.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Eso no es un no.

Rubén se pasó la mano por la cara.

—Marcos...

—Escúchame bien —cortó el entrenador—. No me importa lo que hagas con tu vida. Me importa lo que pase en la pista. Faltan once días para Madrid. Once. Si te distraes, te rompes. Si te rompes, pierdes. Si pierdes, te caes del *ranking*. Y si te caes del *ranking*, los patrocinadores se largan. Y si los patrocinadores se largan, yo me quedo sin trabajo. ¿Lo pillas?

—Lo pillo.

—Pues entonces compórtate.

Rubén asintió.

Pero Marcos conocía esa mirada. Era la misma que tenía cuando se empeñaba en ganar un partido imposible. La misma que le había llevado a lo más alto. Y la misma que le había roto dos veces.

—No te enamores —dijo Marcos en voz baja—. Es lo único que te pido.

—No estoy enamorado.

—Mejor. Porque las fisioterapeutas se van cuando acaba el torneo. Y tú te quedas. Como siempre.

Rubén no respondió.

Y ese silencio, pensó Marcos, era peor que cualquier mentira.

❂❂❂

En la clínica, Nora intentaba concentrarse en un hombro congelado que no mejoraba ni con oraciones.

—Estás en otra cosa —dijo Bea, que había venido a «ayudar» y llevaba media hora sentada en una silla mirando el móvil.

—Estoy trabajando.

—Estás mirando el hombro de un señor mayor y pensando en otro hombro —cuchicheó.

Nora levantó la vista.

—¿Puedes dejar de psicoanalizarme?

—Puedo. Pero no quiero.

El paciente, ajeno al drama, levantó el brazo con dificultad.

—¿Duele? —preguntó Nora.

—Un poco.

—Normal. Lleva diez años sin moverlo.

Bea resopló desde la silla.

—Eso mismo podrías decirle a tu vida amorosa.

Nora le lanzó una mirada asesina.

—Bea.

—¿Qué? Es verdad. Llevas diez años sin mover nada. Y ahora aparece un tío con un tobillo roto y de repente tienes horarios nocturnos y sonrisas raras.

—No tengo horarios nocturnos.

—Cenas.

—Una cena.

—¿Y los wasaps?

Nora apretó la mandíbula.

—¿Qué wasaps?

—Los que miras cada cinco minutos.

El paciente levantó el brazo otra vez.

—¿Así?

—Sí —respondió Nora—. Perfecto.

Pero no estaba mirando el brazo. Estaba mirando el móvil, que había vibrado en el bolsillo de la bata.

Bea sonrió.

—Contesta. Yo le coloco la máquina de magnetoterapia al paciente.

—No tengo que contestar nada.

—Claro que no. Es solo un mensaje. De un tenista. A las once de la mañana. Nada importante.

Nora sacó el móvil disimuladamente.

RUBÉN:

«¿Cómo llevas el hombro?»

NORA:

«Congelado. Como yo.»

RUBÉN:

«Pena no estar ahí para descongelarte.»

Nora sintió el calor en la cara.

—Nora… —dijo Bea.

—No.

—Sí.

—Es calor.

—Ja, ja, ja.

Nora guardó el móvil.

—Vale, ya está.

—¿Ya está el qué?

—El mensaje.

—¿Y qué dice?

—Nada.

—Mientes fatal.

El paciente levantó el brazo por tercera vez.

—¿Ya puedo ir a la máquina? —preguntó.

—Sí —dijo Nora—. Mi compañera te la va a poner.

Cuando se quedaron solas, Bea se cruzó de brazos.

—Cuéntamelo todo.

—No hay nada que contar.

—Entonces ¿por qué sonríes?

—No sonrío.

—Sí sonríes. Esa sonrisa de «me ha escrito y me he puesto caliente como una perra».

Nora negó con la cabeza.

—Eres imposible.

—Soy tu conciencia. Y tu conciencia quiere saber si el tenista mola en la cama.

—¡Bea!

—¿Qué? Es una pregunta legítima.

Nora se sentó en la camilla.

—No hemos... no ha pasado nada.

—¿Pero?

—No hay pero.

—¿Seguro?

Nora dudó un segundo.

—Dice que quiere desayunar conmigo.

—¿Desayunar? —Bea puso cara de incredulidad—. ¿Eso es un eufemismo?

—No, desayunar de verdad. Café con leche y todo.

—Vaya. Qué aburrido. Yo creía que esto era una historia de pasión prohibida.

—Es profesional.

—Mientes fatal, te lo juro.

El móvil volvió a vibrar.

RUBÉN:

«¿A qué hora sales hoy?»

Bea leyó por encima del hombro.

—Ya estamos.

—Cállate.

—Te quiere ver.

—No me quiere ver. Quiere saber mi horario.

—Para verte.

Nora escribió.

NORA:

«A las ocho. Pero tengo que ir a casa. Mi madre y Bea me esperan para cenar.»

RUBÉN:

«¿Y si ceno con vosotras?»

Nora soltó una risa.

Bea leyó en voz alta:

—¿Y si ceno con vosotras? —levantó la vista—. Este tío es un *crack*.

—No va a cenar con nosotras.

—¿Por qué no? Yo quiero conocerlo.

—Porque no.

—Porque te da vergüenza.

—Porque es mi paciente.

—Y porque te da vergüenza.

Nora escribió.

NORA:

«No.»

RUBÉN:

«¿No o no?»

NORA:

«No definitivo.»

RUBÉN:

«¿Y si llevo vino?»

NORA:

«Sigo sin poder.»

RUBÉN:

«¿Y si llevo vino y prometo portarme bien?»

NORA:

«Tú no sabes portarte bien.»

RUBÉN:

«Por ti aprendo.»

Bea silbó bajito.

—Este tío es poeta. Poeta del calentón.

—No digas eso.

—Digo lo que veo.

NORA:

«Tengo que trabajar. Hablamos luego.»

RUBÉN:

«Luego es muy tarde.»

RUBÉN:

«Pero te espero.»

Nora guardó el móvil.

Bea la miraba con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué? —preguntó Nora.

—Que te has enamorado, colega.

—No.

—Sí.

—Que no.

—Que sí. Y yo me alegro. Hacía falta que alguien te derritiera un poco.

Nora negó con la cabeza.

—No estoy derretida.

—Estás como un flan. Y no pasa nada. Es normal. Es guapo, tiene pasta y te escribe cosas bonitas. ¿Qué más quieres?

—Que me deje trabajar.

—Eso no lo quieres.

Nora no respondió.

Porque Bea tenía razón.

Y eso era lo peor de todo.

❂❂❂

Esa noche, cuando Nora llegó a casa, se encontró a su madre y a Bea en el salón con dos copas de vino y una libreta.

—¿Qué hacéis?

—Planificar —dijo Carmen.

—¿Planificar qué?

—Tu boda.

—¿Mi queeeeeeé?

—Boda. Con el tenista.

Nora dejó la mochila en el suelo.

—Estáis como una cabra.

—Estamos ilusionadas —corrigió Bea—. Que no es lo mismo.

Carmen señaló la libreta.

—Hemos hecho una lista de posibles fechas.

—¿Fechas para qué?

—Para la boda. Primavera es bonito, pero igual muy pronto. Mejor otoño.

—No me voy a casar.

—Todavía.

—Nunca.

—Eso dice todo el mundo —sentenció Carmen—. Luego llega el adecuado y te olvidas de tus principios.

—No es el adecuado.

—¿Ah, no? —preguntó Bea—. Entonces ¿por qué sonríes cuando te escribe?

—Por educación.

—No te ríes cuando te escribo yo.

—Tú no eres un tenista guapo.

—¡Ah! —gritó Carmen—. ¿Lo admites? ¿Es guapo?

Nora se dejó caer en el sofá.

—Es guapo, sí. ¿Contentas?

—Y con pasta —añadió Bea.

—Y con pasta.

—Y te escribe cosas bonitas.

—Y me escribe cosas bonitas.

—¿Y entonces? —preguntó Carmen.

Nora suspiró.

—Entonces es mi paciente. Y que en menos de dos semanas tiene el torneo. Y que después, quién sabe, viajará por todo el mundo.

—Después —dijo Bea— se queda. O te vas tú. O lo que sea. Pero eso no lo sabes si no lo intentas.

Carmen asintió.

—Tu amiga tiene razón. Y mira que me cuesta decirlo.

Nora miró el techo.

—Es complicado.

—La vida es complicada —respondió Carmen—. Y corta. Así que si el tío te mola, y te escribe, y encima tiene dinero... ¿a qué esperas?

—A que deje de ser mi paciente.

—Pues diez días —dijo Bea—, no es nada.

—Diez días pueden ser una eternidad.

—O pueden pasar volando.

El móvil vibró.

RUBÉN:

«Buenas noches, Nora. Que sueñes conmigo.»

Nora sonrió.

—Es él —dijo Carmen.

—Sí.

—¿Qué dice?

—Que sueñe con él.

Bea y Carmen se miraron.

—Eso es amor —sentenció Carmen.

—Es deseo —corrigió Bea.

—Las dos cosas —dijo Nora en voz baja.

Y por primera vez, no le pareció tan mal.

CAPÍTULO 12

SUDAR LA CAMISETA

—Hoy toca pista —dijo Nora nada más entrar.

Rubén la miró desde la camilla con una ceja levantada.

—¿Me vas a dejar?

—Te voy a obligar.

—Qué cambio. Ayer no querías ni que respirara hondo.

—Ayer el tobillo decía otra cosa. Hoy dice que podemos probar.

Rubén se incorporó despacio, como si no terminara de creérselo.

—¿En serio?

—Media hora. Nada de *sprint*. Nada de cambios de dirección bruscos. Movimiento controlado, golpeo suave y obedeces cuando yo diga basta.

—Sí, jefa.

—No me llames jefa.

—¿Cómo quieres que te llame?

Nora lo miró fijamente.

—Nora. Fisio. Tú fisio. Cualquier cosa que no suene a tonteo.

—Vale, «Nora-fisio-tu-fisio» —repitió él con sorna—. ¿Me dejas la camiseta puesta o prefieres que entrene en bolas?

—Entrena con la ropa puesta o no entrenas.

—Era una broma.

—Pues no tiene gracia.

Pero sí la tenía. Y Nora lo sabía. Y Rubén también.

❂❂❂

La pista olía a tierra batida recién regada. El sonido de las pelotas al golpear el suelo era exactamente el mismo de siempre, pero hoy todo parecía distinto.

Rubén cogió la raqueta y dio unos golpes suaves contra la red, calentando la muñeca.

—¿Preparado? —preguntó Nora desde el borde de la pista, cronómetro en mano.

—Nací preparado.

—Eso es mentira. Naciste llorando y sin dientes.

Marcos apareció por la puerta de la pista con una bolsa de pelotas.

—¿Esto qué es? —preguntó, viendo a Rubén en posición.

—Una prueba —respondió Nora—. Media hora. Todo controlado.

Marcos la miró con respeto.

—¿Segura?

—Su tobillo, mi responsabilidad.

—Pues venga.

Los siguientes treinta minutos fueron intensos.

Rubén empezó suave, casi bailando sobre la pista, sintiendo el peso del cuerpo sobre la pierna lesionada. Al principio, cojeaba ligeramente. Luego, el movimiento se hizo más fluido.

—Duele —dijo en un descanso.

—¿Duele o molesta?

—Duele.

—¿Duele mucho o duele un poco?

—Un poco.

—Entonces sigue.

Rubén la miró, sorprendido.

—¿No vas a pararme?

—No hasta que me digas que duele mucho.

Él sonrió.

—Me gusta esta versión tuya.

—No hay versiones. Soy la misma.

—Antes me parabas por todo.

—Antes tenías un tobillo de papel. Ahora tienes un tobillo de cartón piedra. Progresamos.

Marcos lanzó una pelota. Rubén la devolvió con un golpe seco, cruzado. Probó el apoyo. Probó el giro.

—¿Qué tal? —preguntó Nora.

—Bien.

—¿Bien de verdad o bien de postureo?

—Bien de cojones.

—Bonita forma de describirlo.

Rubén se rio. Una risa limpia, libre.

—¿Sabes qué? —dijo, acercándose a la red—. Hacía semanas que no entrenaba sin pensar en el puto tobillo.

—Para eso estoy.

—No. Para eso están los fisios. Tú estás para otra cosa.

Nora sostuvo la mirada.

—Estoy para que no te rompas.

—Ya. Pero también para que…

—Cállate.

—No puedo.

Marcos carraspeó desde el fondo.

—¿Seguimos o paramos a tomar algo?

—Seguimos —dijeron los dos a la vez.

Se miraron.

—Diez minutos más —añadió Nora—. Y luego estiramientos.

—¿Tú me los haces?

—Yo misma.

—Entonces puedo morirme tranquilo.

—No te mueras todavía. Faltan diez días para Madrid.

Rubén volvió a la pista.

—Diez días —repitió—. Contigo, van a ser cortos.

Nora no respondió.

Pero el cronómetro le tembló un poco en la mano.

❂❂❂

Después del entrenamiento, Rubén estaba tumbado en la camilla, respirando hondo, el pecho subiendo y bajando con el esfuerzo.

Nora trabajaba el gemelo, intentando no mirar demasiado el muslo, ni la cadera, ni la forma en que la camiseta se le había pegado al cuerpo.

—Estás sudado —dijo ella.

—Acabo de entrenar.

—Hueles.

—¿Mal?

—A esfuerzo.

—¿Te gusta?

Nora apretó un punto exacto del tendón. Él soltó un gruñido.

—Duele.

—Eso es para que aprendas a callarte.

—No voy a aprender.

—Ya lo sé.

El masaje continuó en silencio. Un silencio cargado de electricidad, de esos en los que las manos dicen más que las palabras.

—Nora.

—Dime.

—Gracias.

Ella levantó la vista.

—¿Por qué?

—Por no tratarme como un enfermo.

—No eres un enfermo. Eres un tío con un tobillo jodido y muchas ganas de hacer el idiota.

—Eso. Eso mismo.

Sonrieron.

—Mañana más —dijo ella, retirando las manos.

—¿A qué hora?

—A las 9. Como siempre.

—¿Y si vengo antes?

—¿Para qué?

—Para verte llegar.

Nora negó con la cabeza.

—Eres increíble.

—Lo sé. Por eso te gusto.

—No me gustas.

—Mientes.

—Miento.

Se miraron. Durante varios segundos que parecieron una eternidad.

—Vete a la ducha —ordenó Nora—. Que te enfrías.

—¿Te quedas a verme?

—No. Me voy a mi clínica. A trabajar de verdad.

—Esto es trabajo de verdad.

—¡Ja, ja, ja! ¡Vete, anda!

Rubén asintió despacio.

—Me gusta tu voz.

Nora recogió su material sin mirarlo.

—Hasta mañana, Rubén.

—Hasta mañana, Nora.

Cuando ella salió, él se quedó mirando el techo.

—Diez días —murmuró—. Voy a necesitar más hielo.

❂❂❂

En la puerta del club, Nora se encontró con Marcos.

—¿Tienes un momento? —dijo él.

—Claro.

Caminaron unos metros hasta un banco, al sol.

—Quería darte las gracias —empezó Marcos—. El tobillo está mucho mejor. No sé cómo lo has hecho.

—Trabajo.

—Y paciencia. Con él hace falta.

Nora sonrió.

—Se deja.

—¿Seguro?

La pregunta flotó en el aire.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

Marcos la miró fijamente.

—Que te mire como te mira no es normal. Y que tú le devuelvas la mirada tampoco.

Nora mantuvo el tipo.

—No sé de qué hablas.

—Sí sabes. Y no te voy a decir lo que tienes que hacer. Solo una cosa.

—Dime.

—Dentro de diez días, él juega Madrid. Dentro de diez días, tú puedes estar en tu clínica o en la grada. Pero si te distraes ahora, si le distraes ahora... no llegamos.

Nora asintió.

—Lo sé.

—Entonces compórtate.

—Siempre lo hago.

Marcos sonrió con sorna.

—No es verdad. Pero me conformo con que lo intentes.

Se levantó y se alejó.

Nora se quedó sola, con el sol en la cara y un nudo en el estómago.

Diez días.

Y un deseo que crecía más rápido que la mejora del tobillo.

CAPÍTULO 13

DIEZ DÍAS

La semana pasó entre vendajes, silencios y miradas que duraban un segundo más de lo necesario.

Rubén viajó a Barcelona para un acto de patrocinadores. Nora aprovechó para poner orden en la clínica, atender a los pacientes que llevaban semanas esperando y fingir que no miraba el móvil cada veinte minutos.

Pero lo miraba.

Y él escribía.

No siempre cosas importantes. A veces solo una foto del hotel, una queja sobre la comida o un «¿qué harías tú si estuvieras aquí?» que ella nunca respondía como quería.

—Esto es una chorrada bien grande —dijo Bea el jueves, viéndola sonreír frente a la pantalla.

—¿El qué?

—Esa jeta. Llevas tres días así, con cara de gilipollas.

—No tengo ninguna cara.

—Tienes la cara de «me escribe y me derrito».

Nora guardó el móvil.

—No me derrito.

—Te derrites. Pero no pasa nada. Es normal. Es guapo, tiene dinero y encima te desea. ¿Qué más quieres?

—Que me deje trabajar.

—Estás currando.

—Pues eso.

Bea se sentó en la camilla vacía.

—¿Cuándo vuelve?

—Mañana.

—¿Y qué vais a hacer?

—Trabajar. Quedan nueve días para Madrid.

—¿Y después?

Nora la miró.

—Después, Madrid.

—Y luego…

—Luego, él se va a Montecarlo, a París... Y yo me quedo aquí.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Y si te vas con él?

Nora soltó una carcajada.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque tengo una clínica. Porque tengo una madre. Porque tengo una perra que se come los muebles. Porque...

—Porque tienes miedo.

—Porque tengo sentido común.

Bea negó con la cabeza.

—El sentido común está sobrevalorado.

❂❂❂

Rubén volvió el viernes por la tarde.

Nora lo esperaba en el club con el material preparado y la determinación de mantener las distancias.

Él apareció con dos horas de retraso, una mochila al hombro y esa sonrisa suya de quien sabe que se ha portado mal pero no le importa.

—El vuelo —dijo, a modo de disculpa.

—Siempre es el vuelo.

—Hoy fue verdad.

—Y ayer, y anteayer.

—¿Me has echado de menos?

Nora no respondió. Señaló la camilla.

—Quítate la zapatilla.

—Antes responde.

—No.

—¿No me has echado de menos o no respondes?

—Las dos cosas.

Rubén se sentó y se desató las zapatillas con calma.

—Pues yo sí.

—¿Sí qué?

—Te he echado de menos.

Nora mantuvo la mirada fija en el tobillo.

—No deberías.

—Ya. Pero ha pasado.

—¿El tobillo cómo está?

—El tobillo bien. El resto, regular.

Ella empezó a trabajar la zona con movimientos precisos. Notó la tensión en el músculo, el calor de la piel, la forma en que él la observaba sin disimulo.

—¿Qué? —preguntó sin levantar la vista.

—Nada. Te estoy mirando.

—Pues deja de mirar.

—No puedo.

—Inténtalo.

—Lo intento. No funciona.

Nora apretó un punto. Él contuvo el aire.

—Duele.

—Bien.

—Eres muy dura.

—Soy profesional.

—Lo uno no quita lo otro.

El silencio se instaló entre ellos. Un silencio denso, caliente, de esos que pesan más que las palabras.

—Nora.

—Dime.

—En Barcelona pensé mucho.

—¿En qué?

—En esto.

—¿Esto qué?

—Esto. Lo que sea que está pasando.

Ella detuvo el masaje.

—No está pasando nada.

—Eso es lo malo.

Se miraron.

—Rubén...

—Déjame terminar. Faltan nueve días para Madrid. Nueve. Y después me voy. Y después igual no te vuelvo a ver. Y eso... no sé... me jode.

Nora sintió un nudo en el estómago.

—No sabes que no me vas a ver.

—¿Tú crees que sí?

—No lo sé.

—Pues yo sí lo sé. Si no pasa algo antes, no te voy a ver.

—¿Y qué quieres que pase?

Rubén la miró fijamente.

—Quiero que dejes de tratarme como a un paciente.

—Eres mi paciente.

—También soy un hombre al que le gustas.

Nora apartó la mirada.

—No digas eso.

—Es verdad.

—No sabes lo que digo.

—Sé lo que siento.

—¿Y qué sientes?

Rubén se incorporó en la camilla.

—Que cuando no estás, el tobillo me duele más. Que cuando me escribes, entreno mejor. Que cuando te miro, me cuesta respirar. ¿Te vale?

Nora se quedó quieta.

Las palabras flotaban en el aire, calientes, incómodas, ciertas.

—No podemos —dijo al fin.

—¿Por qué?

—Porque trabajamos juntos.

—Dentro de nueve días, no.

—Porque si sale mal, te quedas sin fisio.

—Busco otro.

—Porque...

—Porque estás cagada de miedo.

—Porque tengo cabeza.

—La cabeza a veces estorba.

Nora soltó el aire despacio.

—¿Y si sale mal?

—¿Y si sale bien?

Se miraron.

Un segundo.

Dos.

Tres.

—Nueve días —dijo ella en voz baja.

—Nueve.

—Hasta entonces, soy tu fisio.

—Y después...

—Después ya veremos.

Rubén sonrió.

—Me conformo.

—No deberías.

—Ya. Pero me conformo.

Nora volvió al masaje.

Pero las manos le temblaban.

Y él lo notó.

❂❂❂

Esa noche, desde su casa, Nora miró el móvil.

RUBÉN:

«¿Sigues despierta?»

NORA:

«Sí.»

RUBÉN:

«Yo tampoco duermo.»

NORA:

«El tobillo.»

RUBÉN:

«Tú.»

NORA:

«Mañana a las 9.»

RUBÉN:

«Lo sé.»

RUBÉN:

«Nora.»

NORA:

«Dime.»

RUBÉN:

«Gracias por quedarte.»

Nora miró la pantalla un rato largo.

Luego escribió.

NORA:

«No me he ido todavía.»

Apagó el móvil.

Pero no durmió.

Y por primera vez en mucho tiempo, no le importó.

CAPÍTULO 14

TRES MUJERES Y UN DESTINO

—¿Estás segura de que esto es buena idea?

Nora miró a su madre por el retrovisor. Carmen iba en el asiento de atrás con Lola en el regazo, asomando la cabeza por la ventanilla como si fuera la reina de un desfile.

—No es buena idea —respondió Nora—. Es una idea horrible.

—Pues vamos —dijo Bea desde el asiento del copiloto—. Me encantan las ideas horribles.

—No os habéis quedado en casa.

—Hemos hecho una excepción —respondió Carmen—. Queremos ver al famoso.

—No es famoso.

—Top diez —apuntó Bea—. Es famoso.

—Y guapo —añadió Carmen.

—Y con dinero —remató Bea.

—Y con un tobillo lesionado —terció Nora—. Que es lo único que debería importaros.

Lola ladró.

—Hasta la perra quiere conocerlo —dijo Carmen.

Nora suspiró y aparcó frente al club.

—Vais a portaros bien.

—Siempre —respondieron las dos a la vez.

❂❂❂

El club olía a tierra húmeda. Desde la pista central llegaba el sonido seco de las pelotas, ese golpe limpio que solo tienen los que saben lo que hacen.

—Madre mía —dijo Bea, mirando alrededor—. Esto es otro mundo.

—Ya te digo —respondió Carmen—. Aquí hasta los setos parecen de otro mundo.

Nora las condujo hasta la grada. Desde allí se veía toda la pista. Y en el centro, sudando la camiseta, devolviendo cada pelota con una precisión milimétrica, estaba Rubén.

—¡Dios mío! —exclamó Carmen en voz baja—. ¿«Eso es»?

—Sí.

—¿Eso es el tenista?

—Sí.

—Pero si es...

—¿El qué?

—Guapo. Guapo de verdad. De los de anuncio.

Nora apretó la mandíbula.

—No empecéis.

—Está buenísimo —dijo Bea sin disimulo—. ¿Cómo has podido aguantar dos semanas sin tirártelo?

—¡Bea!

—¿Qué? Es una pregunta legítima. La que siempre te hago…

Desde la pista, Rubén las vio. Hizo un gesto con la cabeza, una sonrisa rápida, y siguió entrenando.

—Me ha saludado —dijo Carmen, emocionada

—Ha saludado en general.

—No, a mí. Tengo un imán para los jovencitos…

—Lo que tú digas, mami.

❂❂❂

Marcos estaba al borde de la pista, cronómetro en mano, cuando las vio.

Primero no les prestó atención. Estaba concentrado en el entrenamiento, en los apoyos, en la forma en que Rubén empezaba a moverse otra vez como antes de la lesión.

Pero luego algo le hizo mirar.

Una mujer morena, sentada en la grada, con gafas de sol y una expresión de «yo no he venido a aburrirme».

—¿Quién es esa? —preguntó en voz alta.

Nadie respondió.

❂❂❂

El entrenamiento fue intenso.

Rubén volaba. Los apoyos eran limpios, los cambios de dirección precisos. La pelota salía de su raqueta con una potencia que hacía temblar las líneas.

—Está increíble —dijo Bea—. ¿Lo ves? El tobillo no le duele nada.

—Le duele —respondió Nora, observando con ojo clínico—. Pero aguanta.

—¿Y eso es bueno?

—Eso es que es un cabezota.

Desde la pista, Rubén la miró. Solo un segundo. El suficiente para que Nora sintiera ese calor incómodo en el pecho.

Carmen lo captó al instante.

—Te ha mirado.

—No.

—Sí. Te ha mirado. Y tú te has puesto...

—No me he puesto nada.

—Te has puesto. No sé cómo se dice ahora, pero te has puesto.

Bea soltó una risa.

—Se ha puesto nerviosa. Eso es.

—No estoy nerviosa.

—Sabré yo que eres mi hija…

—Estoy concentrada.

—En él.

—En su tobillo.

—En su tobillo y en sus ojos —apuntó Carmen—. Y en sus hombros. Y en esa forma de correr que tiene, y en ese culito…

—Mamá...

—¿Qué? Soy mayor, pero no estoy ciega.

❂❂❂

En un descanso, Rubén se acercó a la grada.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó, secándose el sudor con la camiseta.

El gesto fue accidental. Pero el efecto, no.

Bea abrió mucho los ojos.

Carmen sonrió como una adolescente.

Lola ladró.

—Hemos venido a verte —dijo Carmen—. Yo soy la madre. Ella es Bea, la amiga. Y la perra es Lola.

Rubén sonrió.

—Encantado. Rubén.

—Ya sabemos quién eres —respondió Bea—. Tenemos un *dossier*.

—¿Un *dossier*?

—No —cortó Nora—. No tenemos nada. Son unas plastas de cuidado. Ni caso.

Rubén se rio.

—Me gustan.

—No les digas eso. Se van a creer las reinas de la pista.

—¿Y qué quieres que les diga?

—Nada. Entrena.

—Sí, jefa.

Cuando se alejó, Carmen agarró a Nora del brazo.

—¿Jefa? ¿Te llama jefa?

—A veces.

—Eso es muyyyy íntimo.

—No es íntimo. Es laboral.

—Lo laboral y lo íntimo a veces se tocan —dijo Bea con sorna.

❂❂❂

Marcos apareció por la grada con tres botellas de agua.

—Para las visitas —dijo, entregándoselas a Bea, Carmen y una para la perrita.

A Nora no le dio nada.

—Tú ya sabes dónde está la fuente —le dijo con media sonrisa.

—Gracias, Marcos.

—De nada.

Se quedó un segundo de más mirando a Bea.

—Tú eres la amiga, ¿no?

—Bea. Encantada.

Puso la mejilla para que se la besara. Ese tío también estaba buenísimo.

—Marcos. Entrenador.

La besó demorándose un ratito en el gesto.

—Ya sé quién eres. El dossier lo incluye.

—No hagas caso —cortó Nora—. Están de coña.

Marcos asintió despacio, sin dejar de mirar a Bea.

—¿Vienes a menudo a los entrenamientos?

—Es la primera vez. Pero si esto es siempre así, igual repito.

—¿Así cómo?

—Así... intenso.

Marcos sonrió.

—El tenis es intenso.

—Ya. Pero no me refería solo al tenis.

Carmen y Nora se miraron.

—Esto es nuevo —murmuró Carmen.

—No empieces.

—No, cariño. Solo observo.

❂❂❂

El entrenamiento terminó con un último juego intenso. Rubén dejó la raqueta en el banco y se acercó a la grada, respirando hondo.

—¿Qué tal? —preguntó Nora.

—Bien. Muy bien.

—¿Duele?

—Un poco. El bueno.

Nora asintió.

—Mañana más.

—¿Vendréis? —preguntó él, mirando al grupo.

—Yo sí —dijo Bea rápidamente.

—Yo también —añadió Carmen—. Si no molesto.

—Nunca molestáis —respondió Rubén—. Sois la familia que no tengo.

La palabra flotó en el aire.

Nora sintió algo raro. Cálido. Peligroso.

—Vamos —dijo, recogiendo sus cosas—. Hay que dejarle descansar.

—Yo me quedo un momento —dijo Bea—. Hablando con Marcos.

Marcos levantó una ceja.

—¿Hablando?

—O lo que surja.

Nora la miró fijamente.

—No te enrolles con el entrenador.

—No te preocupes. Voy a tantear el terreno.

—Eso es enrollarse.

—Es información.

Carmen se rio.

—Me gusta esta chica. Tiene iniciativa.

❂❂❂

Ya en el coche, de vuelta a casa, Nora no podía dejar de sonreír.

—Estás contenta —dijo Carmen.

—Estoy aliviada. El tobillo responde.

—Mientes.

—Ya empezamos otra vez...

—Sí mientes. Estás contenta porque él te ha mirado.

—Mamá...

—Y porque tu amiga se ha quedado con el entrenador.

—Bea es mayorcita.

—Y porque la perra no se ha meado en la pista.

Lola ladró desde el asiento de atrás.

—Eso ha sido un éxito —concedió Nora.

Carmen la miró con ternura.

—Hija, hace semanas que no te veía así.

—¿Así cómo?

—Viva.

Nora no respondió.

Pero en el pecho, algo se movía.

Y no era el tobillo de Rubén.

❂❂❂

Esa noche, el móvil vibró dos veces.

La primera:

RUBÉN:

«Me ha gustado que vinieran. Sobre todo tu madre. Me recuerda a alguien.»

NORA:

«¿A quién?»

RUBÉN:

«A ti. Cuando sonríes.»

NORA:

«No me he fijado.»

RUBÉN :

«Mientes. Y te queda bonito.»

Otro wasap entró al instante:

BEA:

«Marcos me ha pedido el número. Creo que le gusto.»

NORA:

«¿Y tú?»

BEA:

«Yo creo que él también me gusta. Pero no se lo digas. Que parezca difícil.»

Nora sonrió.

El mundo se estaba moviendo.

Y ella quería moverse con él.

CAPÍTULO 15

VÍDEOS Y DISTRACCIONES

La sala de vídeo del club olía a café y a vainilla. Marcos había preparado el portátil, conectado a la pantalla grande, y tenía una libreta con anotaciones que parecían jeroglíficos.

Rubén entró con diez minutos de retraso, una botella de agua y la cara de quien había dormido mal, pero no quería reconocerlo.

—Llegas tarde —dijo Marcos sin mirarlo.

—El tráfico.

—Vives a diez minutos.

—Había obras.

—En tu cabeza.

Rubén se dejó caer en una silla y miró la pantalla. Un partido de Zeberev contra Medeyedev. Intercambios largos. El tipo sudando como si le fuera la vida en ello.

—¿Otra vez Zeberev? —preguntó.

—Otra vez. Hasta que te lo aprendas de memoria.

—Me lo sé de memoria.

—Pues repetimos.

Marcos dio al *play*. La imagen se movió: Zeberev al resto, Zeberev en la red, Zeberev fallando un *drive* que se fue a las nubes.

—Ahí —dijo Marcos, pausando—. ¿Ves?

—¿El qué?

—El *drive*. Cuando va a pegarle, abre un poco el codo. Si le pones bolas altas hacia su revés, te lo cargas.

Rubén asintió sin convencimiento.

—Sí.

—¿Sí? Pon más entusiasmo, joder.

—Sí, lo veo.

—¿Y qué vas a hacer?

—Subirle bolas altas al revés.

—¿Y luego?

—Luego...

—Luego qué.

—Luego... no sé. Ganar.

Marcos lo miró fijamente.

—¿Estás escuchando?

—Sí.

—¿De verdad?

—Sí.

—Repite lo último que he dicho.

Rubén abrió la boca. La cerró.

—Eso —dijo Marcos—. No tienes ni puta idea.

—Sí, el *drive*... el codo...

—El *drive*, el codo, y luego las dejadas. ¿Te he hablado de las dejadas?

—No.

—Pues atento.

Marcos rebobinó. En la pantalla, Zeberev corría hacia la red, devolvía una dejada con un globo tenso, y perdía el punto.

—Mira —señaló—. Cuando le hacen la dejada, él responde siempre con globo. Siempre. No la cruza, no la deja cortada. Globo. Si tú le lees eso, te plantas en la red y la clavas.

Rubén miraba la pantalla.

Pero no la veía.

Veía otra cosa. Otra cara. Otra sonrisa.

—¿Rubén?

—Sí.

—¿Qué he dicho?

—Que responde con globo.

—Bien. ¿Y qué haces tú?

—Subo a la red.

—Y...

—Y clavo.

Marcos asintió despacio.

—Vale. Sigamos.

Pasaron veinte minutos. Vieron más vídeos. Más análisis. Más repeticiones. El revés de Zeberev, su posición al resto, la forma en que se cargaba a la izquierda cuando estaba cansado.

—Aquí —dijo Marcos—. Cuando lleva dos horas de partido, abre las piernas. Pierde estabilidad. Si le mueves, se rompe.

—Se rompe.

—¿Y tú qué haces?

—Le muevo.

—¿Cómo?

Rubén dudó.

—¿Cómo le muevo?

—Sí, cómo. ¿Con qué golpe? ¿A qué zona? ¿En qué momento?

Rubén se pasó la mano por la cara.

—Marcos...

—Dime.

—Que no puedo.

—¿No puedes qué?

—Concentrarme.

El silencio se instaló en la sala. Marcos apagó el vídeo. Se giró en la silla. Lo miró con esa expresión suya de padre cansado que lo ha visto todo.

—¿Nora?

Rubén asintió.

—Llevo tres días sin dormir bien. Cada vez que cierro los ojos...

—No me cuentes los detalles.

—No voy a contarte detalles. Solo que... no puedo dejar de pensar en ella.

Marcos resopló.

—Joder, Rubén. Faltan cinco días para Madrid. Cinco.

—Lo sé.

—Y estás ahí, como un adolescente, mirando el móvil cada dos minutos.

—No me acuerdo.

—Lo has mirado tres veces desde que entraste.

—Llevo diez minutos aquí.

—Cada tres minutos. Es peor de lo que creía.

Rubén se inclinó hacia delante.

—¿Tú nunca has sentido algo así?

Marcos dudó.

—Hace mucho. En otro siglo.

—Solo tienes treinta y cinco ¿Qué hiciste?

—Perdí un torneo. Y a la tía.

—Vaya.

—Por eso te lo digo. La concentración no es un capricho. Es lo único que separa a los buenos de los demás. Si tú estás pensando en ella cuando Zeberev te cruce una derecha, pierdes. Y si pierdes, ella se va a su clínica, tú a tu *ranking*, y lo que sea que tengas, se acaba.

Rubén se quedó en silencio.

—¿Y qué hago?

—¿Con ella?

—Con todo.

Marcos se levantó y fue a la máquina de café. Preparó dos cortados lentamente, dándole tiempo.

Cuando volvió, puso uno delante de Rubén.

—Mira —dijo—. No soy psicólogo. No sé de sentimientos. Sé de tenis. Sé de rivales. Sé de cómo ganar partidos. Y lo que sé es que tú, con la cabeza fría, le ganas a Zeberev. Y a Alcaraz, si tuviera un mal día. Pero si vas así... pierdes con el primero que te pongan.

Rubén cogió el café.

—¿Me estás diciendo que la deje?

—Te estoy diciendo que la guardes. Cinco días. Luego, haz lo que quieras. Cásate, ten hijos, cómprale una isla. Pero ahora... ahora necesito al tenista.

—¿Y si no puedo?

—Puedes. Llevas toda la vida pudiendo.

—No es lo mismo.

—No. No es lo mismo. Es más difícil. Porque ella no es un trofeo ni un punto en el *ranking*. Ella es... no sé lo que es. Pero si de verdad te importa, demuéstrale que puedes ser el que ella cree que eres.

Rubén lo miró.

—¿Y qué cree ella?

—Que eres un cabrón con talento. Pero también que vales la pena. Y si pierdes por no poder concentrarte, le vas a demostrar que no mereces la pena.

El silencio pesó.

Rubén bebió un sorbo de café.

—Cinco días.

—Cinco.

—Y luego...

—Luego, lo que quieras. Pero primero gana.

Rubén asintió despacio.

—Vale.

—¿Vale?

—Que lo intento.

—No lo intentes. Hazlo.

—Ok.

Marcos volvió a poner el vídeo.

—Otra vez. Desde el principio. Y esta vez, concéntrate.

Rubén miró la pantalla.

Zeberev. El *drive*. El codo. El globo.

Pero, al fondo, una cara.

La guardó. La metió en un cajón imaginario. La cerró con llave.

Cinco días.

Luego, ya vería.

❂❂❂

Dos horas después, cuando salía de la sala, el móvil vibró.

NORA:

«¿Cómo va el estudio? ¿Ya sabes cómo ganarle?»

Rubén sonrió a pesar de todo.

Escribió, borró, volvió a escribir.

RUBÉN:

«Sé cómo ganarle. El problema soy yo.»

NORA:

«¿Tú? Siempre ganas.»

RUBÉN:

«No siempre. Pero quiero ganar este.»

NORA:

«¿Por qué este?»

Rubén dudó.

RUBÉN:

«Porque después... no sé. Pero quiero tener algo que contarte.»

NORA:

«Cuéntamelo ya.»

RUBÉN:

«No. Después. Cuando gane.»

NORA:

«Eres un poco dramático.»

RUBÉN:

«Soy tenista. El drama viene de serie.»

NORA:

«Vale. Pues gana. Y luego hablamos.»

Rubén guardó el móvil.

Cinco días.

Y un *drive* que mejorar.

CAPÍTULO 16

TRENDING TOPIC

El restaurante se llamaba «El rincón de Paula» y estaba en una calle estrecha del centro, de esas que sólo conocían los que sabían comer bien. Rubén había ido porque le gustaba el secreto ibérico y porque nadie solía reconocerle allí.

Nadie, excepto los dos *paparazzi* que llevaban tres días siguiéndole.

Irene, cómo no, también lo frecuentaba.

—¿Tú? —dijo él cuando la vio entrar.

Ella sonrió con esa sonrisa suya de gata que sabía lo que quería.

—Yo misma. ¿Te importa si me siento?

—Pues...

—Tranquilo. No vengo a por ti. Vengo a por el rabo de toro. Dicen que es el mejor de Madrid.

Rubén dudó un segundo. Luego señaló la silla vacía.

—Como quieras.

Irene se sentó, pidió una copa de vino y empezó a hablar de todo y de nada. Del circuito, de la gira americana, de lo mal que estaba entrenando su nuevo novio, un piloto de Fórmula 1 que se creía Alonso.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Qué tal la fisio?

Rubén la miró fijamente.

—No es asunto tuyo.

—Claro que no. Pero me interesa.

—Pues no debería.

Ella bebió un sorbo.

—Siempre fuiste malo mintiendo.

—Y tú siempre fuiste buena jodiendo.

Irene se rio. Una risa limpia, sincera.

—Eso sí. En la cama no te quejabas, hasta que me los pusiste y no cabía por las puertas.

Rubén apartó el plato.

—Me voy.

—Si te vas, salgo detrás de ti. Y los de fuera flipan.

—¿Qué quieres?

—Nada. Cenar. Y verte la cara. Hace meses que no coincidimos.

—Coincidimos en París.

—Eso fue un polvo, no una coincidencia.

Rubén negó con la cabeza.

—Sigues siendo igual.

—Tú también. Pero más aburrido.

❂❂❂

Fuera, los *paparazzi* llevaban veinte minutos esperando. Habían visto entrar a Irene y no daban crédito. La pareja del año, otra vez junta. Eso valía mucha pasta.

Cuando ella y Rubén salieron del restaurante, el *flashazo* fue cegador.

—¡Rubén! ¿Estáis juntos?

—¡Irene! ¿Vuelve el amor?

—¿Boda a la vista?

—¿Niño en camino?

Rubén levantó una mano.

—No hay nada. Cenamos juntos, nada más.

—¿Y qué hace ella aquí?

—Cenar.

—¿Solos?

—En el mismo sitio.

Irene se estaba cabreando. Los *flashes* la molestaban, las preguntas la hartaban. Miró a Rubén, que intentaba abrirse paso, y tomó una decisión rápida.

Le agarró la cara con las dos manos y le plantó un beso.

No un beso corto. Un beso largo, intenso, de los que no dejaban lugar a la duda.

Los *paparazzi* enloquecieron.

Rubén se quedó paralizado un segundo. Luego la apartó.

—¿Qué coño haces?

—Que nos dejen en paz —respondió ella, sonriendo a las cámaras.

Pero no los dejaron. Los siguieron hasta el coche, hasta que Rubén arrancó y desapareció calle abajo.

Dentro del coche se instaló un silencio tenso.

—No vuelvas a hacer eso ni a meterte en mi coche —dijo él.

—Ya está hecho.

—No volveré a verte.

—Eso dices siempre.

❂❂❂

En casa de Nora, la televisión estaba puesta en un canal de cotilleos. Carmen planchaba y Bea miraba el móvil, aburrida.

—Mira, las noticias —dijo Carmen.

En la pantalla, una presentadora con sonrisa de bruja anunciaba:

—¡Exclusiva mundial! Rubén Costa, el tenista español, reaparece con su ex, Irene, en un restaurante del centro. ¡Y el beso! ¡Miren ese beso!

Carmen soltó la plancha.

—¿Queeeeé?

Bea levantó la vista del móvil.

—No me jodas.

En la pantalla, las imágenes se repetían una y otra vez. Rubén e Irene en la puerta del restaurante. Los *flashes*. El beso.

—Pero este tío... —empezó Carmen.

Bea ya estaba mirando las redes.

—Es *trending topic* —dijo en voz baja—. #RubénEIrene, #VuelveElAmor, #BesoDelAño... Madre mía.

—¿Nora lo sabe?

—No creo. Está en la clínica.

Carmen desenchufó la plancha de golpe.

—Vamos.

—¿A dónde?

—A la clínica. A decírselo.

—¿Estás loca? No podemos ir así.

—¿Así cómo?

—Así, cabreadas. Pareceremos tres locas.

Carmen la miró fijamente.

—Bea, a mi hija le acaban de poner los cuernos delante de medio país. No voy a dejar que se entere por el móvil.

—No son cuernos. No eran nada.

—Eso da igual. El beso existe. Y las imágenes. Y todo el mundo hablando. Tú, ven.

Bea suspiró y cogió el bolso.

—Vale. Pero si nos echa, no digas que no te avisé.

Lola, que las había visto moverse, se puso a ladrar.

—Tú te quedas —ordenó Carmen—. Esto es cosa de mayores.

❂❂❂

La clínica estaba aún encendida.

Nora estaba con un paciente, un señor mayor con problemas de hombro, cuando la puerta se abrió de golpe.

Carmen apareció primero. Bea detrás, con cara de circunstancias.

—¿Mamá? ¿Qué haces aquí?

Carmen miró al paciente, luego a Nora, luego al techo.

—¿Puedes dejarnos un momento?

El señor mayor, confundido, se levantó.

—¿Me voy?

—Sí —dijo Carmen—. Vuelva mañana.

Nora la miró fijamente.

—¿Qué pasa?

Bea cerró la puerta.

—Siéntate.

—No voy a sentarme. ¿Qué pasa?

Carmen sacó el móvil y se lo puso delante.

La pantalla mostraba la noticia. El vídeo. El beso.

Nora lo miró en silencio.

Una vez.

Dos veces.

Tres.

—Nora... —empezó Bea.

—No.

—Mira, igual no es lo que parece.

—No es lo que parece —repitió Nora sin expresión—. Claro.

Carmen dio un paso adelante.

—Hija, si quieres llorar, llora. Si quieres gritar, grita. Pero no te quedes así.

Nora dejó el móvil en la mesa.

—Tengo pacientes.

—¿Los pacientes? —saltó Carmen—. A mi hija le acaban de partir el corazón y hablas de pacientes.

—No me han partido nada —respondió Nora con una calma tensa—. No éramos nada... se lo dije cien veces. Él era mi paciente. Yo, su fisio. Esto no tenía que pasar.

—Pero pasó —dijo Bea en voz baja—. Y tú sentías cosas.

Nora la miró.

—Y ahora, qué.

—Ahora... no sé. Pero no puedes seguir como si nada.

—Puedo. Faltan cuatro días para Madrid. Luego se va… ya está.

Carmen y Bea se miraron.

—Nora... —empezó Carmen.

—No, mamá. En serio. Estoy bien. Era una historia imposible desde el principio. Él es famoso, yo soy una fisio de barrio. Él viaja por el mundo, yo tengo una clínica y una perra que se come los muebles. Esto no tenía futuro.

—Pero te tiene que joder, aunque sea un poco —dijo Bea.

Nora sostuvo la mirada un segundo.

Luego se giró y empezó a ordenar vendas en una estantería.

—No me duele.

—Eso no es verdad.

—Claro que sí...

El silencio pesó.

—¿Quieres que nos quedemos? —preguntó Carmen.

—No. Tengo trabajo. Volveré a llamar a mi paciente para que vuelva.

—¿Segura?

—Sí.

Carmen dudó. Luego asintió.

—Vale. Pero luego vas a casa. Y hablamos. Y si hace falta, quemamos algo.

—¿Quemar?

—Su foto. O una raqueta. Lo que tengas más a mano.

Nora esbozó una sonrisa débil.

—No tengo foto.

—Que imprima una de *Insta* la Bea y hacemos una fogata.

Bea se acercó y le dio un abrazo.

—Tía, lo siento.

—No pasa nada.

—Sí pasa. Pero bueno. Nosotras te queremos.

Nora asintió.

Cuando se quedó sola, miró el móvil.

La noticia seguía ahí. El beso, repetido.

Lo apagó.

Y siguió trabajando con su paciente, que volvió a entrar.

Pero las manos le temblaban.

❂❂❂

Esa noche, Rubén escribió.

RUBÉN:

«Nora, lo que has visto no es lo que parece. Fue un montaje de ella para librarse de los *paparazzi*. No siento nada. Te lo juro.»

Nora leyó el mensaje.

Tres veces.

Luego escribió.

NORA:

«No tienes que justificarte. No éramos nada. Y en cuatro días, tú te vas. Así que mejor así. Cada uno a lo suyo.»

Lo envió.

Y apagó el móvil.

En su cama, Lola la miraba con esos ojos tristes de perro que lo entiende todo.

—No pasa nada —murmuró Nora—. No pasa nada.

Pero sí pasaba.

Y dolía.

CAPÍTULO 17

DOS DÍAS PARA MADRID

El club amanecía con esa tensión rara de los días previos a un torneo grande. El sonido de las pelotas contra la pared, el olor a tierra mojada, los entrenadores dando instrucciones en voz baja.

Rubén llevaba una hora en pista con un *sparring* alto, rubio, de esos que no daban una pelota por perdida. El *drive* salía limpio, el revés cruzado, el resto profundo. Marcos lo miraba desde la banda con el cronómetro en una mano y el móvil en la otra.

—Otra vez —ordenó—. La dejada.

El *sparring* lanzó una pelota corta. Rubén corrió, llegó justo, la devolvió con efecto. Perfecto.

—Otra.

Otra. Y otra. Y otra.

Sudor, esfuerzo, concentración.

Pero entre punto y punto, sus ojos buscaban algo.

O a alguien.

❂❂❂

Nora apareció por la puerta de la pista sin hacer ruido.

Llevaba la bolsa con el material, el pelo recogido, la cara seria. Venía a ajustar el tobillo, a comprobar que todo estaba listo para Madrid. Nada más.

Marcos la vio primero. Le hizo un gesto con la cabeza. Ella respondió con un movimiento imperceptible.

Rubén siguió la mirada de su entrenador y la encontró.

Durante un segundo, el mundo se paró.

El *sparring* lanzó otra pelota. Rubén no la vio. El golpe se fue a la red.

—Concéntrate —gruñó Marcos.

Rubén apartó la mirada. Volvió a su posición.

Pero ya era tarde.

❂❂❂

Nora esperó en el borde de la pista, observando cada apoyo, cada salto, cada gesto. El tobillo respondía. La confianza también.

—Está listo —dijo Marcos, acercándose.

—Ya veo.

—¿Vas a hablar con él?

—He venido a trabajar, no a hablar.

Marcos asintió despacio.

—Mira, lo del otro día...

—Déjalo…

—No fue lo que parecía.

—Siempre es lo que parece.

Marcos la miró fijamente.

—Tú sabrás. Pero ese tío lleva cuatro días hecho una mierda. No duerme, no come, no se concentra. Y todo por ti.

—No soy yo. Es su cabeza.

—Eres tú.

Nora apretó la mandíbula.

—Que termine el entrenamiento. Luego lo reviso.

Se sentó en el banco y esperó.

❂❂❂

Cuando Rubén salió de la pista, estaba empapado, respirando hondo, con esa mezcla de agotamiento y tensión que precedía a los torneos. Fueron a la sala de rehabilitación.

—Nora —dijo al verla.

—Túmbate.

—Podemos hablar...

—He dicho que te tumbes.

Obedeció.

Ella trabajó en silencio. Los dedos presionando aquí y allá, buscando puntos calientes, evaluando la respuesta del tendón.

—Duele —dijo él.

—Es normal. Has entrenado duro.

—Nora...

—Está bien. El tobillo está bien. Mañana descansas. El martes está a la vuelta de la esquina.

Se levantó, guardó el material.

—¿Te vas así?

—He terminado.

—No hemos hablado.

—No hay nada de lo que hablar.

—Sí lo hay.

Ella se giró.

—Rubén, faltan dos días para Madrid. Tienes un torneo que ganar, una carrera que mantener, unos patrocinadores que contentar. Yo soy tu fisio. Nada más. Así que concéntrate en lo tuyo y déjame hacer mi trabajo.

Él se incorporó en la camilla.

—No es verdad y lo sabes.

—Lo que sé es que dentro de dos días te vas. Y yo me quedo. Y esto, sea lo que sea, se acaba. Así que mejor ahora que luego.

Lo miró un segundo.

Luego se fue.

Sin mirar atrás.

❂❂❂

Rubén se quedó sentado en la camilla, con el pecho aún agitado y las palabras clavadas como agujas.

Marcos se acercó con una toalla.

—¿Todo bien?

—No.

—¿El tobillo?

—El tobillo bien. Ella no.

Marcos suspiró.

—Ya te lo dije. Concéntrate en el torneo. Luego, lo que sea, tendrá arreglo o no. Pero ahora...

—Ya lo sé.

—Pues a ello.

Rubén cogió la toalla y se cubrió la cara.

Dentro, todo era un puto desorden.

❂❂❂

Nora llegó a casa y notó el ambiente nada más abrir la puerta.

Desde el pasillo, oyó a Bea en la ducha, cantando una canción de los ochenta con una afinación horrible. En el salón, su madre preparaba a Lola para salir: correa, bolsas y premios.

—¿Ya estás aquí? —preguntó Carmen—. Pensé que tardarías más.

—He terminado pronto.

—¿Has visto al tenista?

—Sí.

—¿Y qué tal?

—Bien. El tobillo, bien.

Carmen la miró con esa expresión suya de saber más de lo que decía.

—¿Solo el tobillo?

—Solo el tobillo.

En ese momento, Bea salió del baño envuelta en una toalla, el pelo mojado, la cara recién maquillada.

—¿Qué tal? —preguntó Nora, dejando la bolsa.

—Bien —respondió Bea, demasiado rápido.

—¿Adónde vas?

—A tomar un café.

—¿Con quién?

Bea dudó un segundo.

—Con Marcos.

Nora la miró fijamente.

—¿El entrenador?

—El mismo.

—¿Y eso?

—Que me gusta. Y yo a él también, vamos a tomar un café. Y luego ya veremos.

Nora asintió despacio. Luego soltó una risa corta, sin alegría.

—Unos crían fama y otros cardan lana.

Bea frunció el ceño.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que mientras a mí me montan un pollo nacional por un beso falso, tú te ligas al entrenador en dos tardes.

Bea sonrió, tímida.

—No es lo mismo.

—No, no es lo mismo. Tú vas a tomar un café con un tío que te gusta.

Carmen carraspeó.

—Bueno, nosotras nos vamos.

Lola, al oír la palabra «vamos», empezó a dar saltos y a ladrar.

—Venga, Lola, que te saco —dijo Carmen, recogiendo la correa—. Bea, pásatelo pipa. Nora, no te comas la cabeza.

—No me como nada.

—Vale lo que tú digas.

Y se fue, con la perra tirando de la correa como si no hubiera un mañana.

❂❂❂

La casa se quedó en silencio.

Bea terminó de arreglarse en su habitación. Nora se sentó en el sofá, mirando la tele apagada.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Bea desde el pasillo.

—Sí.

—Porque si quieres, no voy. Me quedo contigo.

—No. Tú ve. Disfruta. Que ya va siendo hora.

Bea asomó la cabeza.

—¿Me das permiso?

—No soy tu madre.

—Pero eres mi amiga.

Nora sonrió por primera vez en horas.

—Vete. Y pásalo bien. Y si ese hombre no te trata como mereces, le parto las piernas. Literal.

—Trato hecho.

Bea se despidió con un beso y cerró la puerta.

Nora se quedó sola.

El silencio de la casa era distinto ahora. Más pesado. Más denso.

Miró el móvil. No había mensajes de él. No los esperaba.

Había sido ella quien había puesto el límite. Ella quien había dicho que no eran nada. Ella quien se había ido sin mirar atrás.

Pero dolía.

Jodía mucho.

Lola había dejado un hueso mordisqueado en la alfombra. Nora lo recogió y lo miró sin verlo.

—Unos crían fama —murmuró—. Y otros cardan lana.

Se levantó, fue a la cocina y abrió la nevera.

No tenía hambre.

La cerró.

Apoyó la frente en la puerta y respiró hondo.

En algún lugar de Madrid, Rubén estaría cenando, o viendo vídeos, o concentrándose.

Y ella estaba aquí.

Sola.

Con un hueso de perro en la mano y un nudo en el pecho que no se deshacía.

—Mañana —dijo en voz alta—. Mañana estaré mejor.

Pero no se lo creía.

❂❂❂

El móvil vibró.

Lo miró.

No era él.

Era un mensaje de su madre, con una foto de Lola meando en una farola.

CARMEN:

«La perra te manda un beso. Yo también. No estés triste, hija. Que los tontos pasan, pero las madres y las perras se quedan.»

Nora sonrió.

Una sonrisa pequeña, frágil, pero sonrisa al fin y al cabo.

Escribió:

NORA:

«Os quiero. A las dos. Y a Bea también.»

CARMEN:

«Ya. Pero sobre todo a mí.»

NORA:

«Sobre todo a ti.»

Dejó el móvil.

El silencio ya no pesaba tanto.

Mañana volvería a verlo.

Y pasado se iría.

Y luego... ya se vería.

CAPÍTULO 18

PARTIDOS CON LA GORRA

La segunda ronda del Mutua Madrid Open fue un paseo militar.

Rubén salió a la pista a jugar contra un checo que no pasaba del top 100 y le endosó un 6-2, 6-1 en hora y cuarto. El público aplaudió, los periódicos lo alabaron y él ni se inmutó.

Lo único que hizo al terminar fue mirar a la grada.

Detrás de Marcos, el sitio vacío.

Nora no había ido.

❂❂❂

—¿Dónde está? —preguntó en el vestuario, mientras se quitaba las vendas.

—En la clínica —respondió Marcos—. Tiene pacientes.

—Podría haber venido.

—Podría. Pero tiene vida. Y trabajo. Y una madre. Y una perra. Y tú no eres lo único que existe.

Rubén apretó la mandíbula.

—Lo sé.

—Pues actúa como si lo supieras.

❂❂❂

La revisión postpartido fue en la zona de fisioterapia del club. Nora llegó quince minutos tarde, con el pelo revuelto y la cara de quien había atendido a cinco pacientes seguidos sin comer.

—Perdón —dijo, dejando la bolsa—. Se me ha complicado la mañana.

Rubén estaba tumbado en la camilla, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—No pasa nada.

—¿Seguro?

—Seguro. Eres una profesional ocupada.

Ella lo miró fijamente.

—¿Eso es ironía?

—Es constatación de los hechos.

—Rubén...

—No, en serio. Has hecho tu trabajo. El tobillo está bien. No necesitas venir a verme ganar.

Nora dejó lo que tenía en las manos.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Mientes.

—Y tú no vienes a mis partidos.

El silencio se instaló entre ellos.

—No puedo —dijo ella al fin—. Tengo pacientes. Tengo la clínica. Tengo una vida que no se para porque tú juegues al tenis.

—Ya. Lo sé.

—Entonces ¿por qué te «chinas»?

—Porque no es eso.

—¿Entonces qué?

Rubén se incorporó.

—Que llevo tres días sin verte. Que cuando te veo, es así, de pasada, con prisas, con la mente en otra cosa. Que gané un partido hace una hora y la única persona que quería que estuviera mirando no estaba.

Nora lo observó en silencio.

—Rubén...

—Déjalo. Trabaja.

Se tumbó otra vez.

Ella dudó un segundo. Luego se acercó y empezó a trabajar el tobillo en silencio.

Pero las manos de él estaban tensas.

Y las de ella, también.

❂❂❂

Tercera ronda. Octavos de final.

Rubén se encontró con un argentino correoso, de esos que devolvían todas las pelotas y no se rendían nunca. Le costó, pero ganó. 7-6, 6-4.

Miró a la grada.

Vacía.

❂❂❂

Esa noche envió un wasap.

RUBÉN:

«He ganado.»

NORA:

«Lo sé. Lo he visto en el móvil.»

RUBÉN:

«¿No has podido venir?»

NORA:

«Tenía pacientes hasta las ocho.»

RUBÉN:

«Podrías haber venido después.»

NORA:

«Estaba cansada.»

RUBÉN:

«Ya.»

Silencio.

RUBÉN:

«Te echo de menos.»

NORA:

«No digas eso.»

RUBÉN:

«Es verdad.»

NORA:

«Concéntrate en el torneo.»

RUBÉN:

«No puedo. Solo pienso en ti.»

NORA:

«Pues deja de pensar.»

RUBÉN:

«No sé cómo.»

NORA:

«Yo tampoco.»

❂❂❂

Cuartos de final. Un francés joven, agresivo, que quería comerse el mundo.

Rubén lo barrió. 6-3, 6-2.

En la rueda de prensa, los periodistas notaron algo raro.

—Rubén, parecías muy concentrado hoy. ¿Por algo en especial?

—Nada. Solo quería ganar rápido.

—¿Y el tobillo?

—Perfecto. Mi fisio hace milagros.

—¿Esa fisio es la misma que sale en las fotos...?

—Siguiente pregunta.

Marcos, al fondo, suspiró.

❂❂❂

La revisión postpartido fue en el hotel.

Nora llegó con la bolsa, el pelo recogido, la cara seria.

—Vamos a la habitación —dijo él abriendo la puerta.

Ella entró. El hotel era de esos de lujo discreto, con vistas a la Castellana y el silencio típico de una biblioteca.

—Túmbate.

Él obedeció.

Ella trabajó. Silencio. Sólo el ruido de sus manos sobre la piel, de la respiración de él, del aire acondicionado.

—¿Vas a venir el sábado? —preguntó él sin mirarla—. Semifinales. Contra Zeberev.

—No lo sé. Tengo pacientes.

—Es sábado.

—Los sábados también trabajo.

Él se incorporó.

—Nora.

—Dime.

—Mírame.

Ella levantó la vista.

—Estoy ardiendo —dijo él—. Llevo días sin poder pensar en nada que no seas tú. Gano partidos y no me importa. La gente aplaude y no la oigo. Solo te busco a ti. Y no estás.

—Estoy ahora.

—Ahora sí. Pero te vas.

—Tengo que irme.

—¿Por qué?

—Porque tengo vida.

—Yo también. Pero mi vida, ahora mismo, eres tú.

Nora se quedó quieta.

—No digas eso.

—Es verdad.

—No puede ser verdad. Me conoces de hace tres semanas.

—Tres semanas y media. Y han sido suficientes.

Ella negó con la cabeza.

—Estás confundido. Es la tensión del torneo, la adrenalina...

—No me confundo. Sé lo que siento.

—¿Y qué sientes?

Rubén se levantó de la camilla. Dio un paso hacia ella.

—Que cuando no estás, me falta el aire. Que cuando me miras, me sobra todo. Que no quiero que esto se acabe cuando termine Madrid.

Nora tragó saliva.

—Rubén...

—Sé que tienes miedo. Yo también. Pero no quiero seguir así, viéndote a ratos, con esta distancia, con este silencio.

—No hay silencio. Hablamos cada día.

—No es hablar. Es sobrevivir.

Ella lo miró.

Y supo que tenía razón.

—El sábado —dijo en voz baja—. Si puedo, voy.

—¿Si puedes o si quieres?

—Las dos cosas.

Él asintió despacio.

—Vale. Me conformo.

—No deberías.

—Ya. Pero me conformo.

Nora recogió la bolsa.

En la puerta, se giró.

—Rubén.

—Dime.

—Gana el sábado.

—¿Y luego?

—Luego hablamos.

Salió.

Él se quedó mirando la puerta cerrada.

—Voy a ganar —murmuró—. Y luego no te vas a escapar.

❂❂❂

Esa noche cuando llegó a su casa, Bea estaba sentada en el sofá tomando una infusión.

—¿Sigues viva?

—Sí. Y jodida.

—¿El tenista?

—El tenista.

—¿Qué ha pasado?

—Que me quiere. Que no puede vivir sin mí. Que soy todo lo que piensa.

—Vaya. Menudo problema.

—¿Tú crees?

—Yo creo que eres tonta. Y que deberías ir el sábado. Y que, si no vas, te vas a arrepentir toda la vida.

Nora se marchó a su habitación. Su madre había salido. Se sentía agotada.

Lola, a sus pies, la miraba con esos ojos de perro que lo entienden todo.

—¿Qué hago? —le preguntó.

Lola movió la cola.

—Tú siempre tan útil.

La abrazó y la rascó entre las orejas.

Apagó la luz.

Pero no durmió.

❂❂❂

El viernes, víspera de semifinales, Rubén entrenó suave. Toques, sensaciones, estrategia.

Marcos lo observaba en silencio.

—Estás distinto —dijo al final.

—Estoy igual.

—No. Estás más tranquilo.

Rubén sonrió.

—Hablé con ella.

—¿Y?

—Y creo que va a venir.

Marcos asintió despacio.

—Bien. Porque Zeberev no perdona. Y si vienes distraído, te come.

—No voy a venir distraído.

—¿Seguro?

—Seguro. Voy a venir con ganas de ganar. Y de que ella me vea ganar.

Marcos resopló.

—Estás enamorado. Qué putada.

—Lo sé.

—Y te voy a tener que aguantar.

—Toda la vida.

Marcos negó con la cabeza.

—Vamos a cenar. Y luego a dormir. Mañana, la batalla será campal.

Rubén asintió.

Pero antes de irse, miró el móvil.

Tenía un wasap.

NORA:

«Mañana voy. No falles.»

Sonrió.

RUBÉN:

«No voy a fallar. Te lo prometo.»

Guardó el móvil.

Y por primera vez en días, respiró hondo.

CAPÍTULO 19

TRATAMIENTO EFECTIVO

La Caja Mágica rugía.

Veinte mil personas, todas mirando a la pista, todas conteniendo el aire en cada punto. El azul de la pista central brillaba bajo las luces y, en el centro, sudando la camiseta, devorando la tierra con cada paso, estaba Rubén.

Faltaban dos puntos para ganar el primer set.

Zeberev devolvió una derecha cruzada. Rubén llegó, restó profundo, y esperó. El rival falló.

Set para él.

El puño se elevó. El grito fue contenido. Quedaba mucho.

En la grada, detrás del banco de los entrenadores, Nora apretaba las manos.

—Está increíble —dijo Bea a su lado.

—Está concentrado —respondió Nora sin apartar la mirada.

Carmen, al otro lado, mordisqueaba una pipa con nerviosismo.

—Me va a dar algo. Estoy de los nervios.

—Tranquila, mamá.

—No puedo. Es como ver un tigre venir a toda hostia.

❂❂❂

El segundo set empezó igual.

Rubén volaba. Los apoyos eran limpios. La derecha, profunda. El revés, cruzado. Zeberev empezaba a desesperarse, a mirar a su entrenador, a pedir señales que no llegaban.

4-2. Servicio de Rubén.

En la grada, Marcos respiraba hondo.

—Un juego más y *break* —murmuró.

Nora asintió.

Pero algo pasó.

Rubén, en la pista, se llevó la mano al tobillo. Hizo una mueca. No era de dolor, no exactamente. Era de algo más.

Miró hacia el banco.

Miró a Nora.

Solo un segundo.

Luego levantó la mano y pidió tiempo muerto médico.

—¿Qué pasa? —saltó Carmen—. ¿El tobillo?

—No sé —respondió Nora, ya levantándose.

El juez de silla autorizó la entrada. El médico del torneo saltó a la pista con su bolsa verde. Detrás, Nora, autorizada como fisio de confianza.

La grada murmuró.

Las cámaras enfocaron.

—Rápido —dijo el médico—. Tenemos tres minutos.

Rubén cojeaba ligeramente mientras caminaban hacia el vestuario.

Pero cuando cruzaron la puerta y se quedaron a solas en el pasillo, la cojera desapareció.

—Rubén, ¿qué...?

Él no la dejó terminar.

Empujó la puerta del vestuario, la abrió de golpe, y antes de que el médico pudiera reaccionar, le puso una mano en el pecho.

—Tres minutos —dijo—. Espérame fuera.

—Pero...

—Tres minutos. No pasa nada.

El médico dudó. Vio la cara de Rubén. Vio la de Nora. Y lo entendió todo.

Salió y cerró la puerta.

—Rubén, esto es una locura...

Él la agarró por la cintura, la pegó a su cuerpo sudado, caliente, temblando…

Y la besó.

No fue un beso suave.

Fue un beso hambriento, de dos semanas de distancia. De mensajes no contestados. De silencios incómodos. De ganas acumuladas.

Nora respondió.

No pudo evitarlo.

Las manos de él acariciaron su espalda, su nuca, su cara. Su boca buscaba la de ella como si fuera la última vez.

Cuando se separaron, jadeando, Rubén apoyó la frente en la suya.

—Necesitaba esto —susurró—. No podía más.

—Estás loco.

—Lo sé.

—Hay veinte mil personas fuera.

—Lo sé.

—Y un partido que ganar.

—También lo sé.

Nora intentó apartarse, pero él la sujetó.

—Escúchame. Tengo dos minutos. Luego vuelvo y gano. Pero antes tienes que oír esto.

Ella lo miró.

—Dime.

Rubén respiró hondo.

—Cuando estoy en la pista, solo pienso en ti. Cuando gano un punto, busco tu cara. Cuando pierdo, también. Llevo días sin dormir, sin comer, sin poder concentrarme en nada que no seas tú.

—Rubén...

—Déjame terminar. Sé que lo del beso con Irene fue una putada. Sé que no tendría que haber pasado. Pero te juro que no sentí nada. Aquello fue un montaje, un error, una estupidez. Tú eres lo único que siento de verdad.

Nora tragó saliva.

—Dos semanas —continuó él—. Dos semanas aguantándome, curándome, soportando mis tonterías. Y yo... yo he descubierto que sin ti, esto no vale nada. El tenis, los torneos, los puntos... una puta mierda si no estás tú.

—No digas eso.

—Es verdad. Y si gano este partido, si gano el torneo, si llego donde sea, quiero que estés tú. No como fisio. Como... no sé. Como lo que sea que quieras ser. Pero contigo.

Nora sintió que los ojos le picaban.

—Solo tenemos un minuto —dijo en voz baja.

—Entonces responde rápido.

—¿El qué?

—Si después de esto, cuando acabe el torneo, me dejas intentarlo. De verdad. Sin prisas. Sin líos. Tú y yo.

Ella lo miró.

Sudado. Acelerado. Con el corazón en la mano.

—Gana primero —dijo.

—¿Y luego?

—Luego hablamos.

Rubén sonrió. Esa sonrisa suya, torcida, de niño que sabe que ha ganado.

—Trato hecho.

Le dio otro beso. Más corto. Más dulce.

Luego abrió la puerta.

El médico esperaba fuera con cara de circunstancias.

—¿Ya está?

—Ya está —respondió Rubén—. Tobillo perfecto. Vamos a ganar.

❂❂❂

Cuando volvieron a la pista, el público aplaudió. Rubén se llevó la mano al corazón, saludó, y ocupó su posición.

Nora volvió a la grada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Bea.

—Nada. Una revisión.

—¿Nada? Lleváis diez minutos.

—Tres.

—Y una mierda.

—Venga, vale.

Carmen las miró a las dos.

—Me estoy perdiendo algo, ¿verdad?

—Luego te cuento —dijo Nora.

En la pista, Rubén se preparaba para servir.

Miró hacia la grada. La encontró. Le dedicó una sonrisa rápida, casi imperceptible.

Y sacó.

Un *ace*.

El público enloqueció.

—Qué tío —murmuró Bea.

—Qué tío —repitió Nora.

Y por primera vez en días, sonrió de verdad.

❂❂❂

Rubén ganó el partido en dos sets.

6-4, 7-6.

Cuando Zeberev falló el último resto, Rubén se tiró al suelo, boca arriba, mirando el cielo de la Caja Mágica. El público rugía. Las cámaras enfocaban. Los periodistas se preparaban.

Pero él solo buscaba una cara.

Y cuando la encontró, levantó el puño.

Solo para ella.

CAPÍTULO 20

LA NOCHE DE ANTES

El ático que tenía Rubén en Madrid olía a café, a pizza recién salida del horno y a esa tensión rara de las vísperas de la batalla final.

Las cristaleras dejaban ver Madrid iluminada: la Castellana como una serpiente de luz, la Caja Mágica al fondo, esperando.

—Zinder —dijo Marcos, señalando la pantalla del portátil—. Otra vez.

Rubén asintió, masticando un trozo de pizza.

—Le gané en Roma.

—Y te ganó en Australia. Y en Miami. Y en...

—Vale, ya.

Nora estaba sentada en el sofá, con las piernas recogidas y una copa de vino en la mano. Bea, a su lado, miraba las imágenes del italiano con expresión de no enterarse de nada.

—¿Este es el malo? —preguntó.

—No es malo —respondió Marcos—. Es Zinder. Es... jodido.

—Pues tiene cara de niño.

—Pero juega como un mayor.

Bea resopló.

—Mejor será que gane el nuestro.

Carmen no había podido venir. Se había quedado en casa con Lola, «para no dar mala suerte», había dicho. Pero había mandado un audio de tres minutos animando a Rubén y otro a Nora diciéndole que «no hiciera tonterías».

—Mira —dijo Marcos, retrocediendo el vídeo—. Aquí. Cuando le juegas su revés, abre demasiado la raqueta. Si le metes profundidad, puede fallar.

Rubén miraba, asentía, pero su mirada se desviaba cada dos por tres hacia el sofá.

Hacia Nora.

—¿Me estás escuchando? —preguntó Marcos.

—Sí. Revés. Profundidad.

—Y luego...

—Y luego subir a la red. No le gusta que le pasen.

—Bien.

Bea se levantó a por más pizza.

—¿Alguien quiere algo de la cocina?

—Agua —dijo Rubén.

—Yo voy —se ofreció Nora.

Se levantó y pasó cerca de él. Un roce.

Involuntario.

O no.

Marcos lo vio.

Y apretó los dientes.

❂❂❂

La cena terminó. Los platos, lavados. Los vídeos, vistos. La estrategia, clara.

Eran casi las diez.

—Bueno —dijo Bea, estirándose—. Nosotras nos vamos.

Nora la miró.

—¿Nos vamos?

—Sí. A dormir. Que mañana hay final.

—Yo... puedo quedarme un rato más.

Marcos intervino.

—Buena idea. Que se quede. Por si el tobillo...

Bea la miró fijamente.

—¿Segura?

—Segura.

—Vale. Pero luego me cuentas.

Hubo besos, despedidas, promesas de mensajes. Bea y Marcos salieron al ascensor.

Pero Marcos volvió a entrar.

—Rubén, un momento.

❂❂❂

En la cocina, a solas, la luz era fría.

Las palabras, también.

—¿Se queda? —preguntó Marcos.

—Sí.

—No me gusta.

—No te he preguntado.

—Pues te lo digo igual. Mañana tienes la final más importante del año, aquí en casa. Zinder concentradísimo. Y tú ahí, con ella en

casa.

—Es mi fisio.

—Es más que eso y lo sabes.

Rubén apoyó las manos en la encimera.

—Marcos, déjalo.

—No puedo. Es mi trabajo.

—Pues cállate.

—No me callo. Llevo años contigo. Te he visto ganar, perder, romperte, levantarte. Y ahora te veo a punto de tirarlo todo por una tía que conociste hace un mes.

Rubén se giró.

—No es una tía. Es Nora.

—Ya. Y mañana Zinder te va a comer la merienda si no estás al cien por cien.

—Estaré.

—¿Seguro? Porque hoy, en los vídeos, no mirabas la pantalla. Mirabas el sofá.

—Estaba pendiente del tobillo.

—Mientes.

—No me importa lo que pienses.

—Pues debería.

La voz de Marcos subió de tono.

Rubén dio un paso al frente.

—¿Sabes qué? Llevo toda la semana aguantándote. Tus consejos, tus miradas, tus pullitas. Estoy hasta los cojones.

—Pues imagínate yo. Viendo cómo te autodestruyes.

—No me autodestruyo.

—Sí. Y ella es el detonante.

—No la menciones.

—La menciono. Porque si no fuera por ella, ahora mismo estarías durmiendo, no mirándole las tetas.

Rubén se tensó.

—Cállate.

—No me callo. Es una fisio de barrio que se ha colado en tu vida y te tiene sorbido el seso. Y mañana, cuando pierdas, ella se irá a su clínica y tú te quedarás solo. Como siempre.

—Te he dicho que te calles.

Marcos no se calló.

—Es la verdad. Y te jode porque lo sabes.

Rubén lo empujó.

Fue un gesto rápido, instintivo. Las manos en el pecho de Marcos, que retrocedió un paso.

—¿Me vas a pegar? —preguntó Marcos, con una sonrisa tensa —. Vale. Pega. Así mañana tendrás una excusa para echarme.

—No necesito excusas.

Rubén avanzó.

Marcos también.

El primer golpe lo dio Rubén. Un puñetazo en el hombro.

El segundo, Marcos. En el estómago.

Se engancharon. Forcejearon. Tropezaron con una silla.

Y entonces Marcos, en el forcejeo, buscando estabilidad, levantó la pierna.

Su pie golpeó el tobillo de Rubén.

El mismo.

El malo.

Rubén cayó al suelo con un grito.

❂❂❂

Nora apareció en la puerta de la cocina.

—¿Qué coño...?

Vio a Rubén en el suelo, agarrándose el tobillo con la cara blanca. Vio a Marcos paralizado, con los ojos abiertos como platos.

—No... yo no quería...

Nora se arrodilló junto a Rubén.

—Quita —ordenó.

Las manos empezaron a trabajar. Tacto. Presión.

La expresión de Rubén lo decía todo.

—Joder —murmuró ella—. Joder, joder, joder.

—¿Qué? —preguntó Marcos, con la voz rota—. ¿Qué pasa?

Nora levantó la vista.

La cara era un poema de horror.

—Ha vuelto a lesionarse. Y esta vez... es peor.

El silencio se hizo eterno.

Rubén, en el suelo, cerró los ojos.

—Mañana —susurró—. La final.

Nora le cogió la mano.

—Ya veremos.

Pero los dos lo sabían.

No iba a poder ser.

❂❂❂

Marcos se dejó caer en una silla, con la cabeza entre las manos.

—Lo siento —dijo—. Lo siento, tío. No quería...

Rubén no respondió.

Nora lo miraba todo: el tobillo, la cara de Rubén, el horror de Marcos, el futuro hecho pedazos.

—Necesito hielo —dijo—. Mucho. Y una ambulancia.

—¿Una ambulancia? —repitió Marcos.

—Esto no se va a arreglar con vendas.

Rubén apretó los dientes.

—La final...

—Se jodió —respondió Nora, sin maldad, solo con verdad—. Ahora se trata de que puedas volver a jugar algún día.

El silencio pesó como una losa.

Madrid, desde las cristaleras, brillaba ajeno a la tragedia.

Dentro, en la casa, todo se había desmoronado.

CAPÍTULO 21

HABITACIÓN 417

El hospital de la Paz estaba en plena ebullición.

La sala de espera de urgencias era un espacio frío, con luces de fluorescente y revistas de seis meses atrás. Marcos estaba sentado en una de esas sillas de plástico incómodas, la cabeza entre las manos, el cuerpo encogido como si quisiera desaparecer.

Bea, a su lado, le sujetaba un hombro sin decir nada.

Carmen había llegado veinte minutos antes, después de dejar a Lola encerrada en casa con un hueso y una disculpa. Ahora paseaba de un lado a otro, nerviosa, mirando el reloj cada dos segundos.

—¿Cuánto puede tardar? —preguntó.

—No lo sé —respondió Bea.

—¿Y Nora?

—Dentro. Con él.

Carmen resopló.

—Este chico nos va a matar a disgustos.

Nadie se rio.

Marcos levantó la cabeza.

—Fue mi culpa.

—Ya lo sé —dijo Carmen, sin maldad—. Pero ahora no es el momento.

—Si no llega a jugar...

—Ya llegará. O no. Pero ahora te callas, y te relajas, ¿vale?

El silencio volvió a instalarse.

Solo el ruido del aire acondicionado, los pasos lejanos de los enfermeros, el pitido intermitente de algún monitor rompía la ansiedad.

❂❂❂

Dentro de la habitación 417, Nora estaba de pie junto a la camilla.

Rubén, tumbado, tenía el tobillo inmovilizado y una expresión de derrota que dolía más que cualquier lesión.

—¿Y? —preguntó él.

—Estamos esperando al traumatólogo.

—Tú ya sabes, ¿no?

Nora dudó.

—Tengo una idea.

—Dímela.

—No hasta que tengamos las pruebas.

—Dímela.

Ella lo miró. Luego respiró hondo.

—No es rotura. Pero sí una distensión importante del ligamento. Con inflamación severa. Y probablemente, una pequeña fisura de estrés en el peroné por el impacto.

Rubén cerró los ojos.

—¿Cuánto?

—Si es fisura, seis semanas. Si no, tres.

—La final...

—No hay final.

Él abrió los ojos.

—Nora...

—No. No vas a jugar. Aunque las pruebas digan que no hay rotura, el dolor es demasiado. Un solo apoyo mal dado y lo conviertes en algo mucho peor. No puedes.

—Es la final.

—Y luego vendrán otras. Pero si te rompes del todo, no vendrá ninguna.

Rubén apretó los dientes.

—Todo por una puta pelea.

—Todo por puto orgullo.

Él la miró.

—Tú no tienes la culpa.

—Ya. Pero estoy aquí.

—Menos mal.

Un enfermero entró con una carpeta.

—El doctor viene ahora. Trae las pruebas.

Nora asintió.

El enfermero salió.

Silencio.

—Nora.

—Dime.

—Si no juego...

—No vas a jugar.

—Si no juego, ¿tú qué vas a hacer?

Ella lo miró.

—¿Ahora?

—Después. Cuando salgamos de aquí.

Nora dudó.

—No lo sé.

—Yo sí.

—¿Qué?

—Que no quiero que te vayas.

—Rubén...

—Sé que es pronto. Sé que esto es un desastre. Pero cuando he abierto los ojos y te he visto ahí, en el suelo, cogiendo mi tobillo... he pensado: si esta tía no está, no sé qué voy a hacer.

Ella sintió un nudo en la garganta.

—No digas eso.

—Es verdad.

—Estás alterado.

—Estoy más tranquilo que nunca.

Se miraron.

La puerta se abrió.

El traumatólogo entró con las radiografías en la mano.

—Buenas noticias y malas también.

Rubén se incorporó.

—Dígalas.

—La buena: no hay rotura de ligamentos. Es una distensión importante, con inflamación, pero los ligamentos están enteros.

Nora respiró hondo.

—¿Y la mala?

El doctor señaló la radiografía.

—Esta línea de aquío es una fisura de estrés en el peroné. Muy pequeña, pero suficiente. Si hubieras jugado la final, con un mal apoyo, se convierte en fractura. Y eso son seis meses de baja.

Rubén dejó caer la cabeza en la almohada.

—Joder.

—Lo siento —dijo el doctor—. Seis semanas de reposo. Luego rehabilitación. Pero la final de mañana... no podrá ser.

El doctor salió.

El silencio fue absoluto.

❂❂❂

Veinte minutos después, Rubén salió de la habitación en una silla de ruedas.

Nora empujaba.

Marcos se levantó al verlo. Bea también. Carmen dejó de pasear.

—Rubén... —empezó Marcos.

—No.

—Déjame decirte...

—No hay nada que decir. Fue tu culpa. Punto. Vete a la mierda.

—Pero...

—He dicho que no.

Marcos tragó saliva. Asintió.

Bea se acercó a Nora.

—¿Qué tal?

—Sobreviviendo.

—¿Y él?

—También.

Carmen dio un paso adelante.

—Hijo, lo siento mucho.

Rubén la miró. Esbozó una sonrisa débil.

—Gracias, Carmen.

—¿Necesitas algo?

Él dudó.

Luego miró a Nora.

—Nora.

—Dime.

—Solo te necesito a ti.

El silencio se hizo en la sala.

—Ven a casa —dijo él—. Esta noche.

Nora lo miró.

—Rubén...

—No quiero estar solo. Y no quiero a nadie más.

Bea y Carmen intercambiaron una mirada.

Marcos bajó la cabeza.

—Vale —dijo Nora en voz baja—. Voy.

Rubén asintió.

Y por primera vez en horas, su rostro se relajó.

❂❂❂

En la puerta del hospital, el aire de la noche madrileña era fresco.

Bea abrazó a Nora.

—¿Estás segura?

—No.

—¿Vas a ir?

—Sí.

—Pues vete. Nosotras nos encargamos de todo.

Carmen se acercó.

—Hija.

—Mamá.

—¿Esto es lo que quieres?

Nora miró hacia la ambulancia donde Rubén esperaba.

—No lo sé. Pero necesito descubrirlo.

Carmen sonrió.

—Pues vete. Y cuídalo. Y cuídate.

—Siempre.

Se besaron.

Marcos se acercó, tímido.

—Nora.

—Dime.

—Cuídalo. Y… lo siento.

—Ya lo sé. Pero el que tiene que perdonarte es él.

—Claro...

Nora asintió y se dirigió a la ambulancia.

Cuando arrancaron, Bea, Carmen y Marcos se quedaron en la acera, mirando las luces alejarse.

—Bueno —dijo Carmen—. Menuda noche.

—Ya lo creo —repitió Bea.

Marcos no dijo nada.

Solo miró al suelo.

Y pensó que algunas cosas no tenían perdón.

Pero otras, tal vez, sí.

❂❂❂

En la ambulancia, Rubén iba tumbado con la mano de Nora entre las suyas.

—¿Sabes qué? —dijo en voz baja.

—Dime.

—He perdido la final. Pero estoy más tranquilo que si la hubiera ganado.

—No digas eso.

—Es verdad. Porque si la gano, igual no estás aquí.

Ella lo miró.

—Estoy aquí.

—Ya. Y no te vas a ir.

—No lo sabes.

—Lo sé.

Nora sonrió.

—Eres un iluso.

—Soy un tío que ha aprendido que lo importante no es lo que pasa en la pista.

—¿Y qué es lo importante?

Él apretó su mano.

—Esto. Tú. Nosotros.

Ella no respondió.

Pero no soltó su mano.

Y durante el trayecto, Madrid pasó por la ventanilla como un sueño.

El sueño que empezaba.

CAPÍTULO 22

LA NOCHE EN CASA

La llave giró en la cerradura con un sonido seco que rompió el silencio del ático.

Nora empujó la silla de ruedas hacia dentro, con cuidado, sorteando el marco de la puerta. Rubén iba callado, pero su mirada... su mirada ya lo decía todo. Esa forma de recorrerla de arriba a abajo, despacio, como si estuviera decidiendo por dónde empezar.

—¿Dónde te llevo? —preguntó ella, con la voz más firme de lo que realmente se sentía.

—Al dormitorio.

Era la primera vez que entraba ahí.

La habitación era grande, como todo en su casa, con una cama enorme de madera oscura y ventanales que dejaban ver las luces de Madrid. Olía a él. A limpio. A Rubén.

—Ayúdame a tumbarme —dijo él.

Nora lo sujetó por los brazos, lo giró con cuidado, lo depositó sobre el colchón. Él soltó un suspiro cuando la espalda tocó la cama.

Pero no era de dolor.

Era de alivio.

Ella se quedó de pie al lado, sin saber muy bien qué hacer ahora.

—¿Necesitas algo? ¿Agua? ¿Hielo? ¿La medicación?

Rubén la miró. Esa mirada. La de costumbre. Pero multiplicada por cien.

—A ti.

—Rubén...

—Tú, Nora. Ahora. Aquí.

Ella tragó saliva.

—Estás lesionado.

—Mi tobillo está lesionado. El resto —hizo una pausa, su mirada bajó un instante antes de volver a subir— está perfectamente.

El aire pareció volverse más denso.

—No sé si es buena idea...

—Ven aquí.

No fue una petición.

Fue una orden.

Y ella obedeció.

Se sentó en el borde de la cama. Él la agarró por la muñeca y la atrajo hacia sí con una fuerza que no parecía propia de un lesionado. Ella cayó sobre su pecho y, antes de que pudiera protestar, él ya la había besado.

No fue un beso suave.

Fue una declaración de intenciones.

La boca de él devorando la suya, exigente, urgente, como si llevara demasiado tiempo esperando. La lengua encontrando la suya, jugando, reclamando. Las manos de él ya estaban en su cintura, tirando del jersey hacia arriba.

—Rubén, espera...

—No quiero esperar. He esperado demasiado.

—El tobillo...

—Que le den al tobillo.

La besó otra vez.

Más hondo.

Más posesivo.

Nora sintió cómo todo lo que había construido para mantener la distancia se desmoronaba en segundos.

—¿Sabes cuántas veces me he imaginado esto? —murmuró él contra su boca—. En la pista, en los entrenamientos, en el puto vestuario mientras me vendabas.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y siempre terminabas así.

—¿Cómo?

—Debajo de mí.

Nora sintió un escalofrío que le recorrió la espalda.

—Eres un animal.

—Y tú vas a disfrutarlo.

La ropa empezó a desaparecer.

Él se incorporó sobre los codos, olvidado del tobillo y de todo lo demás, y la miró fijamente.

Ella, medio desnuda sobre sus sábanas, el pelo revuelto, los labios hinchados.

—Joder —dijo en voz baja—. Eres preciosa.

—No digas tonterías.

—Cállate y déjame mirarte.

Ella obedeció.

Rubén la observó despacio, con esa intensidad de quien se sabía afortunado.

Y luego pasó a la acción.

Sus manos recorrían cada centímetro de su piel como si quisieran aprenderla de memoria. Su boca siguió el mismo camino: el cuello, la clavícula, el pecho, el estómago. Cada beso era una marca. Cada caricia, una promesa.

—Rubén...

—Dime.

—Vas a matarme.

—Esa es la idea.

Ella se rio, pero la risa se convirtió en gemido cuando él encontró exactamente el lugar que buscaba…

—¿Ahí?

—Sí...

—¿Te gusta?

—Sí...

—Pues vas a gemir más alto.

Y ella lo hizo.

Porque él sabía exactamente qué hacer. Dónde tocar. Dónde morder. Dónde lamer. Dónde soplar. Cada movimiento estaba calculado para llevarla al límite y luego sostenerla justo en el borde.

—Rubén, por favor...

—¿Por favor qué?

—Que...

—Dilo.

—Que te necesito.

—¿Necesitas qué?

—A ti. Dentro. Ya.

Él sonrió. Esa sonrisa suya, torcida, de depredador satisfecho.

—Así me gusta. Pidiéndolo.

Y entonces abrió un cajón, se puso un condón y se lo puso.

Cuando por fin se encontraron, los dos contuvieron el aire al mismo tiempo.

—Joder —susurró él.

—Joder —repitió ella.

Y empezó el baile.

Él marcaba el ritmo. Ella seguía. Pero no. Luego era ella la que tomaba las riendas y él el que se dejaba llevar. Una lucha de poder que los dos querían perder. Una batalla donde el único objetivo era el placer del otro.

—Así —jadeaba ella—. Así, no pares.

—No pienso parar.

—Más fuerte.

—¿Segura?

—Sí.

Y él obedecía.

El cabecero golpeaba contra la pared. Los gemidos de ella llenaban la habitación. Las palabras de él, susurradas al oído, la hacían enloquecer.

—Eres mía —decía—. ¿Lo oyes? Mía.

—Sí.

—Dilo.

—Tuya.

—Otra vez.

—Tuya. Joder, tuya.

Cuando ella se corrió, fue como una explosión. El cuerpo tenso, arqueado, las uñas clavándose en su espalda, el grito desgarrado.

Él la siguió poco después, con un gruñido profundo, enterrando la cara en su cuello, mordiendo suavemente mientras se vaciaba en ella.

Quedaron así. Enredados. Sudados. Sin aliento.

El silencio solo roto por sus respiraciones agitadas.

Pasaron minutos. O segundos. O quizás horas.

—¿Sabes qué? —dijo él al fin.

—Dime.

—No me arrepiento de nada.

—¿Ni de la lesión?

—Bueno, eso sí. Pero si no llega a pasar, igual no estabas aquí.

—Estoy aquí.

—Ya. Y no te vas a ir.

—No.

—¿Lo dices en serio?

Ella se giró para mirarlo. Tenía la cara encendida, los ojos brillantes, los labios hinchados. Parecía recién follada. Porque lo estaba.

—Rubén, llevo dos semanas intentando no pensar en esto. Y he fracasado estrepitosamente. Así que no. No me voy a ir.

Él sonrió.

—¿Y ahora qué?

—Ahora, a dormir. Mañana será otro día.

—¿Mañana?

—Mañana, lo mismo. Pero con hielo en el tobillo.

Él se rio.

—Me gustas.

—Ya lo sé.

—Me encantas.

—También lo sé.

—Estoy colgado de ti.

—Eso se nota.

—¿Y tú?

Ella lo miró un momento. Luego se incorporó, se sentó a horcajadas sobre él, y lo miró desde arriba.

—Yo también. Pero no te lo voy a decir tan a menudo. No vayas a creértelo demasiado.

—¿Y entonces?

—Entonces voy a demostrártelo.

Bajó la cabeza y lo besó.

Y cuando él creía que ya no podía más, ella empezó a moverse otra vez.

—Nora...

—Cállate.

Él sonrió contra su boca.

Y la noche, simplemente, no había hecho más que empezar.

❂❂❂

Horas después, cuando la luz del amanecer empezaba a colarse por las persianas, Nora estaba despierta, mirando el techo.

Rubén dormía a su lado, agotado, satisfecho, un brazo pesado sobre su cintura.

El tobillo, inmovilizado, descansaba sobre una almohada. Había sobrevivido. Ellos también.

El móvil vibró en la mesilla.

Nora lo miró.

BEA:

«¿Sigues viva?»

Sonrió. Escribió:

NORA:

«Apenas.»

BEA:

«¿Tan bueno es?»

NORA:

«Me va a matar.»

BEA:

«Pues muere con estilo. Te quiero.»

NORA:

«Te quiero.»

Dejó el móvil.

Miró a Rubén, que dormía con esa paz de los que han hecho bien su trabajo.

Y pensó que, a veces, perder una final no era tan malo.

Sobre todo cuando se ganaba algo así.

CAPÍTULO 23

EL ESCÁNDALO

La luz de la mañana entraba a raudales por los ventanales del ático.

Nora despertó primero. Notó el peso del brazo de Rubén sobre su cintura, el calor de su cuerpo pegado al suyo, la respiración tranquila del hombre que horas antes la había devorado por completo.

Sonrió.

Luego miró el tobillo. Seguía inmovilizado. Seguía hinchado. Pero él no se había quejado en toda la noche. Ni una sola vez.

—Qué tío —murmuró.

—¿Qué dices? —preguntó él con voz de sueño.

—Que eres un tío duro.

—Ah, eso. Ya lo sabía.

Ella le dio un codazo suave.

—Creído.

—Realista.

Se besaron. Un beso lento, de mañana, de los que saben a deseo y a sábanas revueltas.

—¿Cómo está el tobillo? —preguntó ella.

—Mejor. Contigo, todo es mejor.

—No empieces con esas cosas tan temprano.

—Es verdad. Anoche no me quejé ni una vez.

—Porque estábamos ocupados.

—Ocupadísimos.

Ella rio. Él también.

El momento era perfecto.

Demasiado perfecto.

El móvil de Rubén empezó a vibrar sobre la mesilla. Una vez. Dos veces. Tres. Hasta que él, resignado, lo alcanzó.

—¿Dígame?

La cara se le transformó.

Nora lo notó al instante.

—¿Qué pasa?

Rubén levantó una mano pidiendo silencio.

—Sí, sí, lo entiendo... No, no sabía nada... Vale, ahora miro.

Colgó.

—Rubén, ¿qué pasa?

Él la miró. Los ojos habían cambiado. Ya no eran los del amante satisfecho. Eran los del hombre que sabe que el mundo se le venía encima.

—Ha llegado información de Marcos. El entorno de Zinder lo ha filtrado a la prensa.

—¿Qué información?

—La de la pelea. Al parecer alguien grabó parte de la entrada al hospital con el móvil… Cuando le mandé a la mierda y que estaba así por su culpa.

Nora sintió que la sangre se le helaba.

—¿Cómo lo han conseguido?

—No lo sé. Dinero, contactos, no estoy seguro y además da igual. El caso es que está en todas partes. Es trending topic. #AgresiónEnMadrid #RubénLesionado

Ella se incorporó de golpe.

—Dios mío.

—Tranquila.

—¿Tranquila? ¡Rubén, es tu entrenador! El que te lesionó. La prensa va a...

—Ya ha ido. Mi representante lleva veinte llamadas. Los patrocinadores están preguntando. La imagen del tenis español, otra vez por los suelos.

El móvil volvió a vibrar. Y el de ella también.

Mensajes. Llamadas. Notificaciones. Una avalancha digital que no paraba.

—¿Y Marcos? —preguntó Nora.

Rubén apretó la mandíbula.

—No lo sé. No he hablado con él.

—¿Vas a hacerlo?

—No sé qué decirle.

El silencio se instaló entre ellos.

Y entonces sonó el timbre.

❂❂❂

Era Bea.

Sola.

Con la cara desencajada y el móvil en la mano.

—¿Lo habéis visto? —preguntó nada más entrar.

—Sí.

—¿Y Marcos?

—No está aquí.

Bea respiró hondo.

—Llevo una hora llamándole. No contesta. He ido a su casa. No está. He preguntado en el club. Nadie sabe nada.

—Habrá huido —dijo Rubén con amargura.

—O estará escondido. O borracho. O las tres cosas.

Nora se acercó a Bea.

—¿Tú cómo estás?

—¿Yo? Jodida. Llevo días con él, ¿sabes? Creyendo que era un tío decente. Y resulta que...

Se le quebró la voz.

Nora la abrazó.

—No sabías nada.

—Claro que no. Pero da igual. La gente va a pensar...

—La gente piensa lo que quiere. Tú no tienes la culpa.

Bea asintió, pero no se lo creía.

❂❂❂

Carmen llegó media hora después con Lola y una bolsa de cruasanes.

—He pensado que haría falta comida —dijo—. Y la perra, porque las perras siempre ayudan.

Lola se fue directa a lamerle la mano a Rubén.

—Hasta la perra sabe quién necesita cariño —murmuró él.

Carmen lo miró fijamente.

—Hijo, ¿tú cómo estás?

—Sobreviviendo.

—¿Y el tobillo?

—Jodido. Pero no es lo peor.

—No. Lo peor es que tu entrenador, tu amigo de años, te ha hecho esto.

Rubén bajó la mirada.

—No sé si era mi amigo.

—Lo era. Hasta anteanoche.

El silencio pesó.

❂❂❂

Pasaron las horas.

Las noticias no paraban. Los periodistas acampaban en la puerta de la urbanización. El representante de Rubén llamaba cada veinte minutos. Los patrocinadores amenazaban con retirarse.

Y Marcos, desaparecido.

—Tiene que dar la cara —dijo Nora.

—No va a hacerlo —respondió Rubén.

—Pues tendrá que hacerlo. Porque si no, el que paga el pato eres tú.

—Ya lo estoy pagando.

Ella se sentó a su lado en el sofá.

—Rubén, ¿tú qué quieres hacer?

Él la miró.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo. Sobre Marcos. Sobre la prensa. Sobre nosotros.

—Sobre nosotros no hay duda.

—¿Ah, no?

—No. Tú y yo estamos juntos. Eso no lo toca nadie.

Ella sintió un calor en el pecho.

—¿Y lo demás?

—Lo demás... no lo sé. Pero si hay algo que he aprendido en todo esto es que no puedo controlarlo todo. Solo puedo controlar cómo reacciono.

—¿Y cómo vas a reaccionar?

Rubén cogió el móvil.

—Voy a llamar a Marcos. Y voy a decirle que si tiene un mínimo de dignidad, que venga aquí. Que hable conmigo. Y luego, que hable con quien tenga que hacerlo.

—¿Y si no viene?

—Entonces, que le busquen. Porque yo no voy a esconderle.

Nora asintió.

—Eso es de valientes.

—No. Eso es de que estoy cansado. De estar harto de mentiras.

Marcó el número.

Esperó.

Nadie contestó.

—Salta el buzón —dijo—. Como siempre.

Dejó el móvil.

—Volverá a llamar —dijo Nora.

—No creo.

—¿Por qué?

—Porque Marcos no es de los que se enfrentan a las cosas. Es de los que huyen. Y esta vez ha ido demasiado lejos.

❂❂❂

Al atardecer, la noticias cambiaron radicalmente

COMUNICADO OFICIAL:

Marcos Hernán dimite como entrenador de Rubén Costa. El técnico alega «motivos personales» y pide disculpas «por los hechos ocurridos».

—¿Motivos personales? —saltó Bea—. ¡Si lo ha visto todo el mundo en el vídeo de todas las redes sociales!

—Es lo que hay —dijo Rubén con cansancio—. No va a reconocer nada.

—Pero la gente lo ha visto.

—La peña ve lo que quiere ver. Y su abogado ya estará preparando la defensa.

Nora negó con la cabeza.

—Esto es una locura.

—Es el negocio. Ahora soy yo el que tiene que decidir si le denuncio o no.

—¿Y vas a hacerlo?

Rubén miró el tobillo inmovilizado.

—No lo sé. Es mi amigo. O lo era. Pero me ha jodido la carrera. Me ha jodido la final. Me ha jodido... no sé, algo que no sabía que tenía.

—¿El qué?

—La confianza. Creía que podía fiarme de él. Y no.

Nora le cogió la mano.

—Pues ahora te tienes a ti. Y a nosotras.

—¿Nosotras?

—Sí. Bea, mi madre, la perra, yo. Las que estamos aquí.

Rubén la miró.

Y por primera vez en todo el día, esbozó una sonrisa.

—Menuda panda de locas.

—Las justas.

—Te quiero.

—Ya lo sé.

—¿Y tú?

—Yo también. Pero no te lo voy a decir muy a menudo.

—Me conformo.

Lola, desde el suelo, movió la cola.

Y el mundo, con todo su ruido, podía esperar.

❂❂❂

Horas después, cuando todas se marcharon y la noche envolvía el ático, Rubén y Nora estaban tumbados en la cama, mirando el techo.

—¿Qué va a pasar mañana? —preguntó ella.

—No lo sé.

—¿Y pasado?

—Tampoco.

—¿Y dentro de un mes?

—Menos.

Ella se giró hacia él.

—¿Y no te da miedo?

—Mucho. Pero contigo, menos.

—Eres un romántico.

—Soy un tío que ha aprendido que lo único que importa es esto.

—¿El qué?

—Tú. Yo. La cama. El silencio.

Ella sonrió.

—Pues entonces, no hablemos.

—Buena idea.

Apagaron la luz. Se besaron. Hicieron el amor de nuevo…

Y el mundo, fuera, podía arder.

Dentro, solo estaban ellos.

Y eso era suficiente.

CAPÍTULO 24

EL MALENTENDIDO

Tres días después de que el vídeo del hospital saliera a la luz, la vida intentaba volver a su cauce.

Rubén estaba en el sofá del ático, con el tobillo inmovilizado, rodeado de informes médicos, llamadas de su abogado y mensajes de apoyo de algunos compañeros del circuito. Nora había montado un pequeño puesto de trabajo en la mesa del salón: vendas, gomas, material de rehabilitación. Atendía a sus pacientes a domicilio y volvía rápidamente a casa de Rubén.

Parecía un hogar.

Parecía.

—El abogado dice que tengo dos opciones —dijo Rubén, colgando el teléfono—. Denunciar a Marcos o no hacerlo.

—¿No me digas? Para eso no necesitas un abogado… Bueno, ¿qué piensas hacer?

—No lo sé. Una parte de mí quiere verle arder. La otra... no sé, llevamos diez años juntos.

Nora asintió sin mirarlo, concentrada en su portátil.

—Es normal.

—¿Tú qué harías?

Ella levantó la vista.

—Yo ya he tenido que tomar decisiones difíciles. No te puedo decir lo que tienes que hacer.

—Pero puedes decirme lo que piensas.

—Pienso que tienes que hacer lo que te permita dormir por las noches.

Rubén la miró fijamente.

—Desde que estás tú, duermo mejor.

Ella sonrió.

—No me vengas con esas ahora, que tengo trabajo.

—Siempre tienes trabajo.

—Alguien tiene que pagar las facturas.

—Yo también puedo pagarlas.

—No quiero que las pagues tú. Soy una mujer independiente y no voy a dejar de serlo.

El ambiente se tensó un segundo.

—Lo sé —dijo él—. Era una broma.

—No tiene gracia.

—Vale.

Silencio.

El primer silencio incómodo en días.

❂❂❂

Esa tarde, Rubén tenía una videollamada con su representante y los abogados. Nora aprovechó para salir a su clínica, atender a los pacientes que llevaban días esperando, y respirar un poco fuera de la burbuja del ático.

—¿Cómo está el famoso? —preguntó Bea nada más verla.

—Sobreviviendo.

—¿Y vosotros?

—Bien.

—¿Solo bien?

—Bien es suficiente.

Bea la miró fijamente.

—Eres «Pepa Trola».

—No miento, tía.

—Sí. Tienes cara de que algo pasa.

Nora se dejó caer en una silla.

—No lo sé. Es todo muy raro. Estamos conviviendo, pero no es una convivencia normal. Hay prensa, hay abogados, hay un escándalo, hay un entrenador huido... Y encima, yo sigo siendo su fisio. Y su novia. Y no sé dónde acaba una cosa y empieza la otra.

—¿Y él qué dice?

—¿Él? Que le da igual. Que quiere estar conmigo.

—¿Y tú no te lo crees?

—Me lo creo. Pero...

—Pero qué.

—Pero a veces me pregunto si esto es real o solo una consecuencia del drama.

Bea la abrazó.

—Tía, le das muchas vueltas al coco. Deberías desconectar.

—No puedo.

—Pues aprende. Porque si no, te vas a hacer daño sola.

❂❂❂

Cuando Nora volvió al ático, la videollamada había terminado.

Rubén estaba en la cocina, apoyado en una muleta, con el móvil en la mano y una expresión rara.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Nada. Cosas del abogado.

—¿Qué cosas?

—Que han localizado a Marcos. Está en Marbella, en casa de unos amigos. Su abogado ha contactado con el mío para llegar a un acuerdo.

—¿Qué tipo de acuerdo?

—Que si no le denuncio, él se retira del tenis y punto.

Nora abrió mucho los ojos.

—¿Y vas a aceptar?

—No lo sé.

—Rubén, ese tío te lesionó. Te jodió la final. Te jodió quién sabe qué más...

—Lo sé.

—¿Y vas a dejarlo pasar?

—No es dejarlo pasar. Es... no sé. Es que es Marcos. Hemos vivido juntos diez años.

—Y te ha traicionado.

—Ya lo sé.

El tono de ella era duro. Más de lo que pretendía.

—Perdona —dijo—. No es mi problema.

—Claro que es tu problema. Estás aquí.

—Estoy aquí, pero es tu vida. Tu decisión.

Rubén la miró.

—¿Por qué hablas así?

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras fuera de esto.

Nora dudó.

—Porque igual sí lo estoy.

El silencio cayó como un mazazo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él.

—Que llevo tres días aquí, en tu casa, haciendo de fisio, de novia, de apoyo emocional, y no sé muy bien qué pinto.

—Pintas todo.

—¿Todo? Rubén, tú estás en medio de un escándalo. Tu entrenador te ha lesionado. Los patrocinadores te abandonan. Y yo estoy aquí, como si nada, como si formar parte de esto no fuera a tener consecuencias para mí.

—¿Y las tiene?

—Claro que las tiene. Mi clínica está recibiendo llamadas de periodistas. Mis pacientes me preguntan. Mi madre sale en la tele cuando pasea a Lola. Esto no es solo tuyo. Esto me salpica a mí también...

—Pues entonces lucha conmigo.

—No sé si quiero luchar.

La frase quedó flotando.

Rubén la miró como si le hubieran dado un puñetazo.

—¿Qué has dicho?

—Que no lo sé, Rubén. Que esto es muy grande. Que tú eres muy grande. Que yo soy una fisio de barrio con una clínica medio en quiebra y una perra que se come los muebles. Ya te lo he dicho muchas veces.

—Eso no me importa.

—Pues debería.

—¿Por qué?

—Porque cuando todo esto pase, cuando el escándalo se calme, cuando vuelvas a jugar, igual te das cuenta de que esto no era lo que querías.

—No digas eso.

—Es verdad.

—No es verdad. Te quiero.

—¿Me quieres? ¿O me necesitas? Porque no es lo mismo.

Rubén dio un paso hacia ella, cojeando.

—Nora...

—Déjalo. Necesito pensar.

Cogió su bolsa y se dirigió a la puerta.

—¿Te vas? —preguntó él, la voz rota.

—Me voy a casa. A mi casa. Con mi madre, mi amiga y mi perra.

—Pero...

—Necesito espacio. Y tú también.

Salió.

La puerta se cerró con un sonido seco.

Rubén se quedó solo, en medio del salón, apoyado en la muleta, sin saber muy bien qué acababa de pasar.

❂❂❂

En el ascensor, Nora apoyó la frente contra el espejo.

—Idiota —se dijo—. Idiota.

Pero no sabía si lo decía por él o por ella.

❂❂❂

Esa noche, en su casa, las tres mujeres estaban sentadas en el salón.

Lola, en el suelo, mordisqueaba un hueso.

—¿Y ahora qué? —preguntó Bea.

—Ahora nada —respondió Nora—. Ahora cada uno a lo suyo.

—¿Y el amor?

—¿El amor? El amor es para las películas.

Carmen la miró fijamente.

—Hija, tú no te puedes pasar la vida huyendo.

—No huyo. Pienso.

—Piensas demasiado. Y mientras piensas, la vida pasa.

—Pues que pase.

El móvil vibró.

RUBÉN:

«Nora. Lo siento. No sé qué he hecho mal, pero lo siento. ¿Podemos hablar?»

Nora leyó el mensaje tres veces.

Luego apagó el móvil.

—¿Era él? —preguntó Bea.

—Sí.

—¿Y qué dice?

—Que quiere hablar.

—¿Y tú?

—Yo quiero no quererle.

Carmen suspiró.

—Pues malo. Porque cuando una quiere no querer, es que ama mucho.

Nora no respondió.

Se levantó, fue a su habitación y cerró la puerta.

Lola, desde el suelo, la miró con esos ojos de perra que lo entendían todo.

—No me mires así —murmuró Nora.

Lola movió la cola.

Y ella, por primera vez en mucho tiempo, lloró.

❂❂❂

Al otro lado de Madrid, Rubén miraba el móvil.

No había respuesta.

Escribió otro mensaje.

RUBÉN:

«No voy a rendirme. Te quiero. Y voy a esperarte el tiempo que haga falta.»

Lo envió.

Y se quedó mirando la pantalla, esperando un milagro que no llegaba.

❂❂❂

Pasaron unos días.

Ninguno de los dos cedió.

Nora trabajaba, atendía pacientes, intentaba no mirar el móvil. Rubén hacía rehabilitación, daba entrevistas, intentaba no llamarla.

Pero por las noches, los dos miraban el mismo cielo.

Y los dos pensaban lo mismo.

—Qué puto orgullo —murmuraba ella.

—Qué puto miedo —murmuraba él.

Y el silencio, entre medias, pesaba como una losa.

CAPÍTULO 25

EL REGRESO

Dos semanas después de aquella noche, la vida de Rubén había vuelto a girar.

El tobillo respondía. La rehabilitación avanzaba. El escándalo con Marcos empezaba a diluirse en los titulares viejos, aunque el vídeo filtrado seguía circulando por las redes. Y el tenis, como siempre, reclamaba lo suyo.

—Roland Garros —dijo su nuevo entrenador, un argentino llamado Pablo, con voz grave y manos grandes—. Si sigues así, llegas.

Rubén asintió, pero su mente estaba en otra parte.

En ella.

En el silencio.

En los mensajes no contestados.

❂❂❂

La rueda de prensa se convocó un jueves por la mañana.

Rubén apareció trajeado, con el tobillo ya sin vendaje, apoyado solo en un bastón elegante que le daba un aire de *gentleman* lesionado.

Las cámaras disparaban sin piedad a su figura.

—Rubén, ¿cómo está la lesión?

—Mejor. Mucho mejor. Gracias al equipo médico que me ha acompañado.

—¿Y Marcos? ¿Hay novedades?

—Eso es cosa de los abogados. Yo solo quiero mirar hacia delante.

—¿Hacia Roland Garros?

—Exacto.

Y entonces llegó el momento.

—Me acompaña hoy mi nueva fisioterapeuta —dijo, señalando hacia un lado—. Irene trabaja conmigo desde esta semana y estoy seguro de que su experiencia será clave para mi recuperación.

Irene apareció.

Esa sonrisa. Esa melena. Esa forma de mirar a cámara como si fuera la dueña del mundo.

—Estoy encantada de volver al circuito —dijo—. Y sobre todo, de ayudar a Rubén en este momento tan importante.

Las redes explotaron de nuevo.

#IreneVuelve

#RubénEligeIrene

#AdiósNora

❂❂❂

En la clínica, Bea que había aceptado el trabajo de secretaria de su amiga, fue la primera en verlo.

—¡Nora!

—¿Qué?

—Ven. Rápido.

Nora se acercó a la pantalla del ordenador.

La rueda de prensa en directo. Rubén, trajeado. Irene, sonriente. Las preguntas de los periodistas. Las respuestas evasivas.

—...Irene trabajará conmigo desde ahora...

—...confío plenamente en su criterio...

—...Roland Garros es el objetivo...

Nora no pestañeó.

—¿Nora? —dijo Bea con cuidado.

—Estoy bien.

—¡Y una mierda! ¡Yo estoy bien! ¡Me libré de un gusano como Marcos! ¡Esa es la diferencia entre tú y yo!

—Estoy bien.

—Te ha sustituido. Por su ex.

—No. Yo me fui.

—Y ¿por qué? Yo esperaba que...

—¿Qué esperabas? ¿Que viniera a buscarme con un ramo de flores y un puto arrepentimiento? Esto es el circuito, Bea. La gente sigue. La vida sigue.

—¿Y tú?

—Yo también.

Se giró y volvió a su trabajo.

Pero Bea la vio.

Las manos le temblaban.

❂❂❂

Esa noche, Carmen encontró a Nora sentada en la oscuridad del salón con Lola en el regazo.

—Hija.

—Mamá.

—¿Qué haces aquí a oscuras?

—Pensar.

—¿En él?

—En todo.

Carmen se sentó a su lado.

—Sabes que puede haber una explicación.

—Siempre hay una explicación. Pero no llamó. No escribió. No vino. Y ahora aparece con ella.

—Irene es una buena fisio.

—Es su ex.

—Eso también.

Nora la miró.

—¿Tú crees que he sido una idiota?

—Creo que has sido valiente. Y que a veces, los valientes se equivocan.

—¿Y ahora qué hago?

—Ahora, nada. Esperas. Ves qué pasa. Y si él no da el paso, pues ya sabes.

—¿El qué?

—Que no merecía la pena.

Nora apoyó la cabeza en el hombro de su madre.

—Me duele.

—Ya lo sé.

—Mucho.

—Te comprendo, yo tengo experiencia en eso con tu padre y lo sabes...

Lola, en su regazo, movió la cola.

Y el silencio, por una vez, fue un abrazo.

❂❂❂

Al otro lado de Madrid, Rubén estaba solo en su ático.

Irene se había ido hacía una hora, después de la sesión de fisio. Profesional. Correcta. Distante.

Él no había querido otra cosa.

Pero cuando cerró la puerta, sacó el móvil.

El último mensaje de Nora seguía ahí, sin respuesta.

De aquella noche.

Y él, idiota, no había sabido qué decir.

Ahora escribió:

RUBÉN:

«Nora. Lo de Irene es simplemente profesional. Necesitaba a alguien para Roland Garros. Tú no estabas. No es un reemplazo. No es nada. Es solo trabajo.»

Lo envió.

Esperó.

Un minuto. Dos. Diez.

Nada.

Escribió otro:

RUBÉN:

«Sé que no tengo derecho a pedirte nada. Pero me muero por verte. Dime algo, por favor.»

Esperó.

Silencio.

Apagó el móvil.

Y por primera vez en semanas, sintió que la había perdido de verdad.

❂❂❂

Nora vio los mensajes.

Los leyó como siempre: una vez, dos veces, hasta tres.

Luego dejó el móvil boca abajo sobre la mesilla.

—Mañana —dijo en voz alta—. Mañana decido.

Lola, a sus pies, resopló.

—Tú calla.

Pero no durmió.

Y los mensajes siguieron ahí, sin respuesta.

Por ahora.

CAPÍTULO 26

ELLOS

Tres semanas después de que el vídeo de la pelea se filtrara, Bea seguía sin saber de Marcos.

No hubo llamadas. Ni mensajes. Tampoco explicaciones. El hombre con el que había compartido cafés, risas, y un par de noches inolvidables, había desaparecido del mapa como si nunca hubiera existido.

—Borra el número —le decía Nora—. No vale la pena.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué no lo haces?

—Porque necesito que me mire a la cara y me diga por qué.

—Ya sabes por qué… Huyó.

—Pero pudo haberme avisado. Pudo haberme dicho algo antes de que todo estallara.

—Bea...

—Déjalo. Estoy bien.

No dijo la verdad.

Y Nora lo sabía.

❂❂❂

La clínica funcionaba. Los pacientes iban y venían. La vida seguía.

Pero Bea estaba en otra parte.

Se sentaba en la recepción y se quedaba mirando la puerta, atendiendo a las llamadas, agendando citas... Como esperando que él apareciera.

No aparecía.

Hasta que un día, sin avisar, se presentó.

❂❂❂

Era viernes por la tarde. Nora estaba con un paciente. Bea, en la recepción, mirando el móvil sin verlo.

La puerta se abrió.

Marcos entró.

Bea levantó la vista.

El tiempo se paró.

Él estaba más delgado. La barba más larga. Los ojos, hundidos. Parecía haber envejecido diez años en tres semanas.

—Hola —dijo.

Bea no respondió.

—¿Puedo... podemos hablar?

Ella siguió callada.

—Lo entiendo —dijo él—. No tienes por qué. Pero necesitaba verte. Una vez. Para decirte...

—No.

—Bea...

—No. No tienes derecho.

Marcos tragó saliva.

—Lo sé.

—Te fuiste. Sin una palabra. Sin una llamada. Sin nada. Justo cuando todo se supo, desapareciste.

—Lo sé.

—Estuve días esperando. Días. Llamando. Escribiendo. Nada.

—Lo sé.

—Y ahora vienes aquí, como si nada, y ¿qué? ¿Esperas que te perdone?

—No. Solo esperaba que me escucharas.

Bea se levantó.

—¿Escucharte? ¿Para qué? ¿Para que me des otra excusa? ¿Para que me digas que fue por mi bien? ¡Vete a la mierda, Marcos!

Él no se movió.

—Tienes razón —dijo en voz baja—. Todo lo que dices es cierto. Me fui. Te dejé. Fui un cobarde.

—Pues entonces ¿a qué vienes?

—A decirte que lo siento. Que no hay un día que no piense en ti. Que no hay noche que no me arrepienta. Que si pudiera volver atrás...

—Pero no puedes.

—No. No puedo.

El silencio se instaló entre ellos.

Desde dentro de la clínica, Nora había oído las voces. Salió con cuidado, vio la escena, y se quedó en la puerta, sin intervenir.

—¿Y ahora qué? —preguntó Bea, la voz más temblorosa de lo que quería.

—Ahora, si tú me dejas, intento explicarte.

—No sé si quiero oírlo.

—Lo entiendo.

—Pero... —dudó—. Pero si vas a mentirme, vete ya.

—No lo voy a hacer.

Bea respiró hondo.

—Vale. Habla.

❂❂❂

Se sentaron en la pequeña salita de espera.

Nora desapareció discretamente hacia la consulta.

Marcos empezó a hablar.

—Cuando el vídeo salió a la luz, me derrumbé. No solo por lo que había hecho, sino por lo que la gente iba a pensar. De mí. De Rubén. De nosotros.

—¿Nosotros?

—Sí. Porque si salía a la luz que estábamos juntos, iban a pensar que lo sabía. Que te lo había contado. Que eras cómplice.

—Lo supe en el hospital.

—Lo sé. Pero la prensa no entiende de eso. Te habrían destrozado. Habrían dicho que lo sabías, que me encubrías, que eras parte de la conspiración.

—¿Y por eso huiste?

—Me fui para protegerte.

Bea soltó una risa amarga.

—¿Protegerme? ¡Desapareciste sin decir nada! Eso no es proteger. Es abandonar.

—Lo sé. Y lo siento. Pero en ese momento, no vi otra salida. Si me quedaba, te arrastraba conmigo. Los periodistas habrían ido a por ti. Habrían revuelto tu vida. No podía permitirlo.

—Eso no lo decides tú.

—Lo sé. Ahora lo sé. Pero entonces...

—Entonces fuiste un cobarde.

—Sí.

—Y un idiota.

—Sí.

—Y un capullo.

—También.

Bea lo miró fijamente.

—¿Y ahora? ¿Ya no lo eres?

—No lo sé. Pero he venido a intentarlo. A pedir perdón. A decirte que si quieres, si puedes, me gustaría... no sé... empezar de cero.

—No se puede empezar de cero.

—Lo sé.

—Lo que pasó, pasó.

—Sí.

—Pero... quizá se pueda empezar de uno.

Marcos levantó la vista.

—¿De uno?

—Sí. De uno, antes de que todo se fuera a la mierda. Antes del vídeo. Antes del escándalo. Antes de que huyeras.

Él sonrió. Una sonrisa pequeña, frágil.

—¿Eso significa...?

—Significa que te doy una oportunidad. Una. Si vuelves a huir, te juro que...

—No voy a huir.

—No lo sabes.

—Lo sé. Porque no tengo adónde ir. Y porque no quiero ir a ningún sitio sin ti.

Bea sintió que los ojos le picaban.

—Eres un plasta.

—Lo sé.

—Y un dramático.

—También.

—Y me tienes loca.

—Eso espero.

Ella sonrió a pesar de todo.

—Vale.

—¿Vale?

—Que te perdono. Pero como me jodas otra vez...

—No voy a fastidiarla.

—Eso dicen todos.

—Yo no soy todos.

Bea lo miró.

Y entonces, sin mediar palabra, se inclinó y lo besó.

Un beso corto. De prueba. De «a ver si todavía funcionaba».

Funcionaba.

—Joder —murmuró Marcos cuando se separaron.

—¿Qué?

—Que te he echado de menos.

—Pues no haberte pirado.

—Ya. Pero no sé hacer las cosas bien.

—Pues vas a aprender.

—¿Me vas a enseñar?

—Alguien tiene que hacerlo.

Él sonrió.

Ella también.

Y desde la puerta de la consulta, Nora los miraba con una sonrisa que no podía evitar.

—Por fin —murmuró—. Ya era hora.

❂❂❂

Esa noche, en casa de Nora, Bea llegó con una sonrisa que no le cabía en la cara.

—¿Qué? —preguntó Carmen—. ¿Esa cara?

—Ha vuelto.

—¿Quién?

—Marcos.

Carmen abrió mucho los ojos.

—¿Y tú?

—Le he perdonado.

—¿Estás loca?

—Seguramente. Pero me da igual.

Nora, desde el sofá, la miró.

—¿Segura?

—Nunca he estado más segura de nada.

—Pues entonces, me alegro.

Bea se dejó caer a su lado.

—¿Y tú? ¿Hay noticias del tenista?

—Ninguna.

—¿Y esos mensajes que te manda?

—Ahí siguen. Sin responder.

—¿Vas a hacerlo?

—No lo sé.

—Pues deberías.

—¿Tú crees?

—Sí. Porque si yo soy capaz de perdonar a un tío que desapareció tres semanas en medio de un escándalo, tú puedes perdonar a uno que no ha dejado de escribirte ni un solo día.

Nora la miró.

—No es lo mismo.

—Es más o menos lo mismo. Miedo. Orgullo. Estupidez. Llámalo como quieras. Pero al final, o te lanzas o te quedas con las ganas.

Carmen asintió desde la cocina.

—Tu amiga tiene razón. Y mira que me cuesta decirlo.

Nora miró el móvil.

Los mensajes de Rubén seguían ahí.

Sin respuesta.

—Mañana —dijo—. Mañana decido.

Bea sonrió.

—Siempre dices mañana.

—Porque mañana es un buen día para decidir.

Lola, desde el suelo, movió la cola.

Y el mundo, por una vez, parecía estar en su sitio.

❂❂❂

Al otro lado de Madrid, en el ático, Rubén miraba el móvil.

El último mensaje que le había enviado a Nora seguía sin respuesta.

Habían pasado tres semanas desde aquella noche. Tres semanas desde que ella se fue. Tres semanas de silencio.

Pero él no había dejado de escribirle.

A veces los mensajes eran largos. A veces cortos. A veces solo un «buenos días» o un «buenas noches».

Ella nunca respondía.

Pero él sabía que los leía.

Porque los mensajes llegaban, y siempre se quedaban en visto.

Solo que no había respuesta.

—Tío, tienes que dejarlo —le había dicho Pablo, su nuevo entrenador—. Si ella no contesta, por algo será.

—No puedo.

—Te estás haciendo daño.

—Ya. Pero más me lo haría si dejara de intentarlo.

Pablo había negado con la cabeza, pero no había insistido.

Ahora, solo en el salón, Rubén escribió otro mensaje.

RUBÉN:

«Hoy he entrenado bien. El tobillo responde. Pablo dice que en dos semanas puedo competir. Pero no sé si quiero hacerlo sin ti. No sé si quiero hacer nada sin ti.»

Lo envió.

Y como siempre, se quedó mirando la pantalla.

Esperando.

Esperando.

Esperando.

❂❂❂

En su habitación, Nora vio el mensaje.

Lo leyó una vez. Dos veces. Tres.

Luego dejó el móvil boca abajo sobre la mesilla. Como siempre.

Lola, a sus pies, levantó la cabeza.

—Todavía no —dijo Nora en voz baja—. Todavía no.

Pero las lágrimas, esta vez, no llegaron.

Y quizá, pensó, eso era peor.

CAPÍTULO 27

ROLAND GARROS

París amaneció cubierto por una fina capa de nubes grises que amenazaban lluvia, pero la Philippe Chatrier rugía.

Eran los cuartos de final.

Rubén estaba en la pista, devolviendo cada pelota con una precisión milimétrica. El tobillo respondía. El drive volaba. El revés cruzado encontraba las líneas como si las viera antes de golpear.

Tres sets fueron suficientes: 6-3, 7-6, 6-2.

El público enloquecía.

Pero él, al levantar el puño, no buscó a su equipo.

Buscó una cara que no estaba.

Que nunca estaba.

❂❂❂

En Madrid, Nora había intentado no ver el partido.

Lo intentó de verdad.

Pero la tele de la clínica estaba encendida «para los pacientes», y Bea la había puesto en el canal de deportes «sin querer», mientras que Carmen había llamado tres veces «para saber el resultado».

—Está en semifinales —dijo Bea, asomando la cabeza—. Dicen que puede ganar el torneo.

—Me alegro por él.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Pues no lo parece.

Nora no respondió.

Siguió vendando el pie de un señor mayor que miraba la tele sin enterarse de nada.

❂❂❂

Semifinales.

Rubén jugó contra un ruso joven, agresivo, que devolvía cada bola como si le fuera la vida.

Cinco sets. Cuatro horas y media.

Rubén ganó.

Cuando cayó al suelo, agotado, las cámaras lo enfocaron. Tenía los ojos cerrados, los brazos en cruz, el pecho subiendo y bajando a toda velocidad.

—Rubén —preguntó la periodista en la entrevista postpartido —, has llegado a la final de Roland Garros después de una lesión terrible y un escándalo mediático. ¿Qué se siente?

Él la miró.

—Raro.

—¿Raro?

—Sí. Porque he llegado hasta aquí, y hay alguien muy importante que no está viéndolo.

—¿Alguien de tu equipo?

—Alguien de mi vida.

La entrevista se cortó.

Las redes explotaron.

#RubénMensajeOculto

#LaFisioMisteriosa

#NoraDóndeEstás

❂❂❂

En la clínica, Bea vio la entrevista en directo.

—¡Nora! ¡Nora, ven!

—¿Qué?

—Ven. Rápido.

Nora se acercó.

Vio la repetición. Escuchó sus palabras.

Se quedó quieta.

—¿Y? —preguntó Bea.

—Y nada.

—¿Nada? Ese tío acaba de dedicarte la semifinal de Roland Garros delante de medio mundo.

—No me ha dedicado nada. Ha dicho «alguien».

—Todo el mundo sabe que eres tú.

—Todo el mundo no. Los periodistas, quizá. Pero él no me ha nombrado.

—Porque no puede. Porque si te nombra, la presión...

—Bea.

—Dime.

—Déjalo.

Bea suspiró.

—Vale. Pero tú te lo pierdes.

❂❂❂

La final.

Domingo. Philippe Chatrier estaba llena hasta la bandera.

Rubén salió a la pista con una determinación que no había tenido en años. Delante, un italiano joven, rápido, que devolvía cada bola como si tuviera ocho brazos.

Tres horas después, Rubén levantaba la Copa de los Mosqueteros.

El público rugía.

Las lágrimas resbalaban por su cara.

Y cuando las cámaras lo enfocaron, él miró directamente al objetivo y dijo:

—Esto es para ti. Donde quieras que estés. Ya sabes quién eres.

❂❂❂

En Madrid, Nora lo vio.

Lo vio llorar. Lo vio levantar la copa. Lo vio dedicarle el torneo.

Y por primera vez en semanas, sintió algo más que dolor.

Sintió miedo.

Miedo de haberlo perdido para siempre.

—Nora —dijo Bea en voz baja.

—Dime.

—Llámale.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque fui yo la que se fue. La que no contestó. La que puso los límites.

—Y él ha ganado Roland Garros y te lo ha dedicado. ¿Qué más necesitas?

Nora miró el móvil.

Los mensajes seguían ahí. Todos. Los de cada noche. Los de cada entrenamiento. Los de cada partido.

Sin respuesta.

Hasta ahora.

Escribió:

NORA (21:47):

«Felicidades. Te lo mereces.»

Lo envió.

Y esperó.

❂❂❂

En París, Rubén estaba en el vestuario, rodeado de su equipo, de trofeos, de cámaras, de periodistas.

Pero cuando el móvil vibró, todo lo demás desapareció.

Vio el nombre.

Abrió el mensaje.

Y sonrió como no había sonreído en semanas.

RUBÉN (21:48):

«¿Solo eso? ¿Felicidades?»

NORA (21:48):

«¿Qué más quieres?»

RUBÉN (21:49):

«Todo. Quiero todo. Quiero verte. Quiero oírte. Quiero que estés aquí.»

NORA (21:49):

«Estoy en Madrid.»

RUBÉN (21:50):

«Pues coge un avión.»

NORA (21:50):

«No puedo.»

RUBÉN (21:51):

«¿No puedes o no quieres?»

Silencio.

Luego escribió:

NORA (21:53):

«Tengo miedo.»

RUBÉN (21:53):

«Yo también. Pero más miedo me da no intentarlo.»

NORA (21:54):

«¿Y si sale mal?»

RUBÉN (21:54):

«¿Y si sale bien?»

❂❂❂

Ella había tomado hacía unas horas una determinación. Le costó un triunfo, pero empujada por su madre y su amiga lo logró…

Luego escribió:

NORA (01:35):

«Estoy en la recepción.»

Rubén frunció el ceño.

RUBÉN (01:40):

«¿Cómo?»

NORA (01:41):

«Que estoy en la recepción. Del hotel. En París.»

Él no lo dudó.

Salió corriendo, en chándal, con la copa aún en la mano, dejando a su equipo con la palabra en la boca.

—¿Rubén? ¿Dónde vas?

Pero él ya no escuchaba.

❂❂❂

Cuando llegó a recepción, allí estaba ella.

De pie, con una mochila, el pelo suelto, la cara nerviosa.

Se miraron.

Un segundo.

Dos.

Tres.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él.

—He cogido un avión.

—¿Y la clínica?

—Bea la cuida.

—¿Y tu madre?

—Me ha dado permiso…

—¿Y Lola?

—Lola también.

Rubén dio un paso adelante.

—Nora...

—No digas nada.

—Pero...

—Que no digas nada.

Y entonces lo besó.

Allí mismo. En medio del recibidor del hotel. Con la copa de Roland Garros en una mano y el corazón en la otra.

La gente los miraba. Los periodistas, si lo hubieran sabido, habrían enloquecido.

Pero a ellos no les importó.

—Te quiero —dijo él cuando se separaron.

—Ya lo sé. Yo también te amo.

—Y no pienso dejarte escapar otra vez.

—No pienso escapar.

—¿Segura?

—Segura.

Él sonrió.

—Bien. Porque he ganado un torneo y necesito celebrarlo en condiciones.

Ella rio.

—Pues empecemos.

Y se fueron hacia el ascensor.

Dejando atrás las miradas, los móviles, los mensajes, las dudas.

Solo ellos.

Como tenía que ser.

❂❂❂

Horas después, en la habitación del hotel, con París iluminado tras los ventanales, Nora y Rubén estaban tumbados en la cama.

—¿Sabes una cosa? —dijo él.

—Dime.

—No me arrepiento de nada.

—¿Ni de la lesión?

—Bueno, eso sí. Pero si no llega a pasar, igual no estarías aquí.

—Estoy aquí.

—Ya. Y no te vas a ir.

—No.

—¿Lo dices en serio?

Ella se giró para mirarlo.

—Rubén, he cogido un avión a París sin avisar, he dejado mi clínica, mi madre y mi perra, y me he plantado en tu hotel. ¿Tú crees que me voy a ir?

Él sonrió.

—No.

—Pues entonces, cállate y bésame.

—A tus órdenes.

Y lo hizo.

Y la noche, simplemente, fue perfecta.

❂❂❂

A la mañana siguiente, el móvil de Nora vibró con un mensaje de Bea.

BEA (10:47):

«¿Sigues viva?»

NORA (10:48):

«Apenas.»

Miró a Rubén, que dormía a su lado con esa paz de los que han hecho bien su trabajo.

Y pensó que, a veces, arriesgarse merecía la pena.

Sobre todo cuando se ganaba algo así.

EPÍLOGO

SEIS MESES DESPUÉS

La clínica había cambiado.

Ya no era ese local pequeño con goteras y una mancha de humedad con forma de continente sin descubrir. Ahora tenía nombre nuevo —«Fisio & Vida»—, dos consultas más, una sala de espera con revistas de verdad y una recepcionista que no era Bea porque Bea ahora tenía otras cosas que hacer.

—¿Dónde está la jefa? —preguntó una voz conocida desde la puerta.

Nora levantó la vista de sus papeles.

Rubén estaba apoyado en el marco, con una gorra calada y esa sonrisa suya de niño travieso. Lola, a su lado, movía la cola como si acabara de ver un filete con patas.

—¿Qué haces aquí? Se suponía que tenías entrevistas hasta las ocho.

—Las he cancelado.

—¿Todas?

—Todas.

—¿Por qué?

Él se acercó, rodeó la mesa y la besó. Un beso largo, de los que no tienen prisa, de los que saben a hogar.

—Porque he decidido que hoy es más importante estar aquí.

—¿Y eso?

—Porque hace seis meses que nos conocimos.

Nora lo miró fijamente.

—¿Seis meses? ¿Ya?

—Sí. Aquel día en el club, cuando te presenté mi tobillo y tú me presentaste tu carácter.

Ella rio.

—Te odié desde el primer momento.

—Y yo a ti. Fue un flechazo inverso.

—¿Inverso?

—Sí. Primero odio, luego deseo, luego amor. Como en las películas malas.

—Eres idiota.

—Lo sé. Pero me quieres.

—Eso no lo he dicho.

—Lo has dicho con los ojos.

—No sé interpretar ojos.

—Yo sí. Los tuyos, siempre.

Lola, cansada de tanto romanticismo, se tumbó en el suelo y empezó a roncar.

❂❂❂

La puerta se abrió de golpe.

—¡Hemos traído comida! —anunció Bea, entrando con una bolsa de pizzas.

Detrás de ella, Marcos cargaba con bebidas y esa expresión suya de «yo solo vengo a ayudar».

—Y vino —añadió—. Mucho vino.

Carmen apareció la última, con una tarta enorme en las manos.

—Y tarta. Que los cumpleaños se celebran con tarta, aunque no sea cumpleaños.

—¿Y esto? —preguntó Nora.

—Esto es una celebración —respondió Carmen—. De que hace seis meses mi hija conoció a un tenista con mal carácter y peor tobillo.

—Mamá...

—¿Qué? Es verdad. Y mira ahora. Clínica nueva, novio guapo, perra gorda.

—Lola no está gorda.

—Está rellenita. Como debe ser.

Lola, al oír su nombre, movió la cola sin abrir los ojos.

❂❂❂

Se sentaron todos en la sala de espera, convertida por un rato en comedor improvisado. Pizza, vino, risas, historias.

—¿Os acordáis del día que vino la policía a casa? —dijo Bea.

—¿Cuál? —preguntó Marcos—. ¿El de la filtración o el de los periodistas en la puerta?

—El de los periodistas. Cuando Carmen les echó con la escoba.

—¡No les eché con la escoba! —protestó Carmen—. Les amenacé con la escoba. Es diferente.

—Es exactamente lo mismo.

—No es lo mismo. La escoba no llegó a tocar a nadie.

—Porque corrieron.

—Exacto. Escoba efectiva.

Todos rieron.

Rubén, desde el fondo, miraba la escena con una sonrisa tranquila.

—¿En qué piensas? —preguntó Nora en voz baja.

—En que no cambiaría esto por nada.

—¿Ni por otro Roland Garros?

—Ni por diez torneos como ese.

Ella le apretó la mano.

—Eres un romántico.

—Soy un tío afortunado.

—Eso también.

❂❂❂

Horas después, cuando todos se habían ido y la clínica estaba en silencio, Nora y Rubén caminaban hacia casa.

Lola trotaba delante, orgullosa, como si ella fuera la dueña del mundo.

—¿Sabes qué he pensado hoy? —dijo él.

—Dime.

—Que si no llego a lesionarme aquella noche, igual no estaríamos aquí.

—Pero te lesionaste.

—Ya. Y pasó todo. El escándalo, la huida de Marcos, el silencio, los mensajes sin respuesta...

—Y Roland Garros.

— Y todo lo demás.

Nora se detuvo.

—¿Te arrepientes?

—¿De qué?

—De todo. Del dolor. Del tiempo perdido.

Él la miró fijamente.

—No. Porque todo eso nos trajo hasta aquí.

—¿Y aquí es bueno?

—Aquí es perfecto.

Se besaron.

Lola, unos metros más allá, los miró con esa carilla que tenían los perrillos cuando se cansaban de los humanos y siguió oliendo una farola.

—Vamos a casa —dijo Nora.

—Vamos.

Y caminaron juntos, bajo las luces de Madrid, con la noche por delante y el amor por bandera.

Como tenía que ser.

FIN

AGRADECIMIENTOS

A las lectoras que han llegado hasta aquí sin abandonar el partido, sin fingir lesión y sin mirar el marcador con cara de «esto no lo remonto». Gracias por seguir leyendo, por repetir y por no preguntarme nunca «¿pero este libro cuándo lo has escrito?», como si no durmiera.

A quienes creen que el romance deportivo es solo cuerpos bonitos y camisetas sudadas. Spoiler: también hay egos, presión, inseguridades, decisiones cuestionables y gente que no sabe gestionar ni un *break*… ni un sentimiento.

A las amigas que escuchan tramas absurdas, diálogos fuera de contexto y frases como «no, esto no va de nadie en concreto» sin llamar a un profesional. Gracias por la paciencia y por no denunciarme.

Y a ti, que has abierto este libro.

Si en algún momento has pensado «este tío es imbécil», «este tío me gusta» o «esto no debería gustarme tanto», enhorabuena: has entendido perfectamente el juego.

Gracias por leer.

Nos vemos en la siguiente pista.

O en la siguiente falta no forzada.

Victorya Serrada.

MIS OTRAS NOVELAS

COMO VICTORYA SERRADA

https://www.amazon.es/stores/Victorya-Serrada/author/B0DMPFPC6F?ref=ap_rdr&shoppingPortalEnabled=true

https://www.amazon.es/stores/Victorya-Serrada/author/B074W9WJQX?ref=ap_rdr&shoppingPortalEnabled=true

El dilema de Dante

Amor bajo cero

Olor a Navidad

Cuando volvamos a vernos en Navidad

Manual de (des)amor en directo

Yo tuve tres maridos… O más

Fuego indómito

No es amor, es insolación

Lo que no te conté

No soy yo, eres tú

¡Yo vine aquí a hablar de mi amor!

No estabas en mis planes

Ven a casa por Navidad

No me vengas con esas

Te concedo tres deseos

Eso díselo a tu ex

Todo menos mi corazón

Entre pétalos y sueños

Te odio con todos mis gigas

COMO MARIE XIMENA

Como perfume derramado

La papisa

¡Divino!

¿Me recuerdas?

Sirena, cuento de Navidad

Mariela, mi amor

Soy lo prohibido

La sartén por el mango

MIS REDES SOCIALES

Facebook

https://www.facebook.com/ximena.dupuisfontenebleau?locale=es_ES

Instagram

https://www.instagram.com/victorya_serrada_autora/

TikTok

tiktok.com/@victoryaserrada_autora

[1] Jugador que entrena con los mejores tenistas del circuito para ayudarlos a mejorar en su juego.